

EUSEBIO DE CESAREA

HISTORIA  
ECLESIÁSTICA

## LIBRO SEXTO

El libro sexto de la *Historia eclesiástica* contiene lo siguiente:

1. De la persecución de Severo.
2. De la educación de Orígenes desde niño.
3. De cómo, siendo todavía un muchacho, enseñaba la doctrina de Cristo.
4. Cuántos de los instruidos por él fueron elevados a la categoría de mártires.
5. De Potamiena.
6. De Clemente de Alejandría.
7. Del escritor Judas.
8. De la hazaña de Orígenes.
9. De los milagros de Narciso.
10. De los obispos de Jerusalén.
11. De Alejandro.
12. De Serapión y de las obras que de él se conservan.
13. De las obras de Clemente.
14. De cuántas Escrituras hace mención.
15. De Heraclas.
16. De cómo Orígenes se había ocupado afanosamente de las divinas Escrituras.
17. Del traductor Símaco.
18. De Ambrosio.
19. Cuántas cosas se mencionan sobre Orígenes.
20. Cuántas obras subsisten de los hombres de entonces.

21. Cuántos obispos eran célebres en aquellos tiempos.
22. Cuántas obras de Hipólito llegaron hasta nosotros.
23. Del celo de Orígenes y cómo fue estimado digno del presbiterado eclesiástico.
24. Qué comentarios escribió en Alejandría.
25. Cómo mencionó las Escrituras canónicas.
26. Cómo le consideraban los obispos.
27. De cómo Heraclas recibió en sucesión el episcopado de Alejandría.
28. De la persecución de Maximino.
29. De cómo Fabián fue milagrosamente señalado por Dios como obispo de Roma.
30. Cuántos discípulos tuvo Orígenes.
31. De Africano.
32. Qué comentarios escribió Orígenes en Cesarea de Palestina.
33. Sobre el descarrío de Berilo.
34. Lo ocurrido en tiempo de Felipe.
35. De cómo Dionisio sucedió a Heraclas en el episcopado.
36. Qué otras obras compuso Orígenes.
37. De la discordia de los árabes.
38. De la herejía de los helcesaitas.
39. De los tiempos de Decio.
40. De lo acontecido a Dionisio.
41. De los que sufrieron martirio en la misma Alejandría.
42. De otros mártires mencionados por Dionisio.
43. De Novato, su conducta y su herejía.
44. Relato de Dionisio acerca de Serapión.
45. Carta de Dionisio a Novato.
46. De las otras cartas de Dionisio.

## [DE LA PERSECUCIÓN DE SEVERO]

Y como también Severo suscitara una persecución contra las iglesias <sup>1</sup>, en todas partes se consumaron espléndidos martirios de los atletas de la religión, pero se multiplicaron especialmente en Alejandría <sup>2</sup>. Los atletas de Dios fueron enviados allá, como al estadio más grande, desde Egipto y de toda la Tebaida, y por su firmísima paciencia en diversos tormentos y géneros de muerte, se ciñeron las coronas preparadas por Dios. Entre ellos se hallaba también Leónidas, llamado «el padre de Orígenes» <sup>3</sup>, que fue decapitado, y dejó a su hijo todavía muy joven. No estará de más describir brevemente con qué predilección por la palabra divina vivió el muchacho desde entonces, ya que es abundantísimo lo que de él se cuenta de célebre entre la gente.

## [DE LA EDUCACIÓN DE ORÍGENES DESDE NIÑO]

1 Muchas cosas podría decir, en verdad, uno que intentase poner por escrito a su gusto la vida de este hombre, pero disponer ordenadamente lo que a él atañe exigiría incluso una obra especial <sup>4</sup>. Sin embargo, nosotros, por ahora, resumiremos con la brevedad posible la mayor parte y expondremos sobre él solamente algunas cosas, tomando los datos de algunas cartas y del relato de los discípulos que han sobrevivido hasta nuestros días <sup>5</sup>.

2 De Orígenes, hasta los hechos de cuando estaba en pañales, por decirlo así, me parecen a mí dignos de mención. Iba Severo, efectivamente, por el décimo año de su reinado, y Leto gobernaba Alejandría y el resto de Egipto <sup>6</sup>. El episcopado de las iglesias de allí acababa de recibirlo Demetrio, sucediendo a Juliano <sup>7</sup>.

3 Al encenderse, pues, con la mayor violencia la hoguera de la persecución y siendo innumerables los que se ceñían la corona del martirio, fue tal la pasión del martirio que se apoderó del alma de

Orígenes, un niño todavía <sup>8</sup>, que ardía por lanzarse al encuentro de los peligros y saltar y arrojarse a la lucha.

4 Muy poco faltó, efectivamente, para que la muerte se le acercara, de no ser la divina y celestial providencia que, en provecho de la gran mayoría y por medio de su madre, se le interpuso como obstáculo de su celo <sup>9</sup>.

5 Ella primeramente le rogó con palabras exhortándole a tener consideración a sus disposiciones maternas para con él, pero cuando lo vio terriblemente excitado, preso todo él del deseo del martirio al enterarse de que su padre había sido arrestado y encarcelado, le escondió todos sus vestidos y así le obligó a permanecer en casa.

6 Pero él, no pudiendo hacer otra cosa y siéndole imposible dar sosiego a un celo que excedía a su edad, envía a su padre una carta sobre el martirio, estimulante por demás, en la cual le animaba diciéndole textualmente: «Ten cuidado, no sea que por causa nuestra cambies de parecer». Quede esto consignado por escrito como primer indicio de la agudeza de ingenio del niño Orígenes y de su nobilísima disposición para la religión.

7 Y es que, efectivamente, habiéndose ejercitado ya desde niño en las divinas Escrituras, tenía ya echados no pequeños fundamentos para las doctrinas de la fe. También en éstas se había afanado sin medida, pues su padre, antes del ciclo de estudios común a todos <sup>10</sup>, había hecho que su preocupación por ellas no fuera secundaria.

8 En consecuencia, antes de ocuparse de las disciplinas helénicas, en toda ocasión lo iba introduciendo a ejercitarse en los estu-

dios sagrados, exigiéndole cada día pasajes de memoria y relaciones escritas.

9 Estos ejercicios no le desagradaban al niño, antes bien, incluso se empeñaba en ellos con ardor excesivo, hasta el punto de que, no contentándose con los sentidos simples y obvios de las Escrituras Sagradas, ya desde entonces buscaba algo más e investigaba visiones más profundas, de manera que llegaba a poner en apuros a su padre preguntándole qué quería significar el sentido de la Escritura divinamente inspirada.

10 Este aparentaba reprochárselo abiertamente, exhortándole a no indagar nada que excediera a su edad ni más allá del sentido evidente, pero en su fuero interno se regocijaba enormemente y proclamaba ante Dios, autor de todo bien, su mayor agradecimiento por haberle hecho digno de ser padre de tal hijo.

11 Y se cuenta que muchas veces, poniéndose junto al niño mientras dormía, le desnudaba el pecho como si dentro de él habitara un espíritu divino, lo besaba con reverencia y se consideraba dichoso de su noble retoño. Estas cosas y otras del mismo estilo se recuerdan <sup>11</sup> acerca de la niñez de Orígenes.

12 Cuando su padre murió mártir, él quedó solo con su madre y seis hermanos más pequeños, cuando aún no contaba más de diecisiete años <sup>12</sup>.

13 La hacienda paterna fue confiscada por el tesoro imperial, y él con los suyos se encontró en la indigencia de las cosas necesarias para la vida. Pero fue considerado digno de la providencia divina y

halló protección a la vez que sosiego en una señora riquísima en medios de vida y muy distinguida en lo demás, pero que rodeaba de atenciones a un hombre muy conocido, uno de los herejes que entonces había en Alejandría. Era éste de origen antioqueno, y la mencionada señora lo tenía consigo como hijo adoptivo y lo rodeaba de los máximos honores <sup>13</sup>.

**14** Pero Orígenes, que, por necesidad, estaba ordinariamente con él, ya desde aquella edad daba pruebas claras de su ortodoxia en la fe, pues aunque una muchedumbre incontable, no sólo de herejes, sino también de los nuestros, se reunía junto a Pablo (que así se llamaba aquel hombre), porque les parecía elocuente, jamás se logró inducirle a que le acompañase en la oración, guardando ya desde niño la regla de la Iglesia y abominando—como textualmente dice él mismo en alguna parte <sup>14</sup>—las enseñanzas de las herejías.

**15** Iniciado por su padre previamente en las disciplinas de los griegos, después de la muerte de éste se entregó por entero con mayor celo al estudio de las letras, de modo que, no mucho después de la muerte del padre, tenía ya una preparación suficiente en conocimientos gramaticales. Con su entrega a estos estudios se procuraba en abundancia—para su edad—lo necesario <sup>15</sup>.

[DE CÓMO ORÍGENES, SIENDO TODAVÍA UN MUCHACHO, ENSEÑABA LA DOCTRINA DE CRISTO]

1 Y hallándose entregado a la enseñanza—según él mismo nos informa en alguno de sus escritos <sup>16</sup>—y no habiendo en Alejandría nadie dedicado a la instrucción catequética, pues todos habían sido expulsados por la amenaza de la persecución <sup>17</sup>, algunos gentiles acudieron a él para escuchar la palabra de Dios.

2 De ellos da a entender que el primero fue Plutarco, el cual, después de una vida honesta, fue adornado con el martirio divino <sup>18</sup>. El segundo fue Heraclas, hermano de Plutarco, quien, después de dar asimismo ante él numerosísimos ejemplos de vida filosófica y disciplina, fue considerado digno del episcopado de Alejandría, después de Demetrio <sup>19</sup>.

3 Orígenes iba a cumplir los dieciocho años cuando se puso a la cabeza de la escuela catequética, momento en que, bajo la persecución del gobernador de Alejandría Aquila <sup>20</sup>, realizaba grandes progresos. También fue entonces cuando hizo su nombre famosísimo entre todos aquellos a quienes movía la fe, por la acogida y soli-

cidad que mostraba para con todos los santos mártires conocidos y desconocidos.

4 En efecto, no solamente les asistía cuando estaban en la cárcel y cuando eran juzgados, hasta la sentencia final, sino también después de ésta, cuando los santos mártires eran conducidos a la muerte, con muchísima osadía y exponiéndose a los mismos peligros. Tanto es así, que muchas veces, por acercarse resueltamente y atreverse a saludar con un beso a los mártires, faltó poco para que la plebe de paganos que se hallaba en derredor, enfurecida, lo lapidase, pero cada vez, con la ayuda de la diestra divina, escapó milagrosamente <sup>21</sup>.

5 Y esta misma y celestial gracia le fue guardando en otras ocasiones una y otra vez—imposible decir cuántas—cuando se conspiraba contra él por causa de su exceso de celo y de osadía en favor de la doctrina de Cristo. La guerra que hacían los infieles contra él era tal que se formaron escuadrones y apostaban soldados en torno a la casa en que él se hallaba <sup>22</sup>, por causa de la muchedumbre de los que recibían de él la instrucción de la fe sagrada.

6 De día en día la persecución contra él se encendía tanto que en toda la ciudad no había ya lugar para él: cambiando de casa en casa, de todas partes le echaban a causa del gran número de los que por él se acercaban a la enseñanza divina. Y es que su misma conducta práctica contenía rasgos admirables de virtud de la más genuina filosofía <sup>23</sup>.

7 (Demostraba, pues, según el dicho, que «cual su palabra, tal su carácter», «y cual su carácter, tal su palabra»<sup>24</sup>). Esta era, sobre todo, la causa de que, con la colaboración del poder divino, arras-trase a millares de gentes a emularle.

8 Y cuando vio que los discípulos acudían aún más numerosos y que él era el único encargado por el jefe de la iglesia, Demetrio, de la escuela catequética<sup>25</sup>, considerando que la enseñanza de la gramática era incompatible con el ejercicio de las disciplinas divinas, rompió sin vacilar con el estudio de la gramática como inútil y contrario a las ciencias divinas<sup>26</sup>.

9 Después, con buen cálculo, para no necesitar de la ayuda de otros, se deshizo de todas las obras que hasta entonces tenía de literatura antigua<sup>27</sup>, trabajadas con mucho gusto, y se contentaba con los cuatro óbolos que cada día le llevaba el que se las compró. Durante muchos años continuó llevando este género de vida de filósofo, arrancando de sí mismo cuanto pudiera dar pábulo a sus pasiones juveniles<sup>28</sup>, soportando<sup>29</sup> durante todo el día no pequeñas fatigas ascéticas y, por la noche, consagrándose la mayor parte del tiempo al estudio de las divinas Escrituras. Así perseveraba en una vida lo

más filosófica posible <sup>30</sup>, ya fuera en ejercicios de ayuno, ya moderando el tiempo del sueño, que, por lo demás, nunca trataba de tomarlo sobre lecho, en absoluto, sino a toda costa sobre el suelo.

10 Por encima de todo consideraba que era preciso guardar aquellas sentencias evangélicas del Salvador que exhortaba a no usar dos túnicas, ni sandalias <sup>31</sup> y a no consumirse con las preocupaciones del porvenir <sup>32</sup>.

11 Es más, con un ardor superior a sus años, manteniéndose firme en los fríos y en la desnudez <sup>33</sup> y avanzando hacia una pobreza extrema, tenía llenos de admiración a los que le rodeaban. También apenaba a muchísimos, que le suplicaban que compartiera sus bienes, pues veían los trabajos que pasaba por la enseñanza divina; pero él en nada cedía a su insistencia.

12 Se cuenta, por ejemplo, que durante muchos años pisó la tierra sin usar calzado alguno; es más, se abstuvo por muchos años del uso del vino y de todo otro alimento no necesario, hasta el punto de ponerse en peligro de arruinar y estropear su pecho.

13 Ofreciendo tales ejemplos de vida filosófica a cuantos le contemplaban, era natural que incitara a la mayoría de sus discípulos a un celo semejante al suyo, tanto que personas destacadas, incluso de entre los gentiles infieles y de los que procedían de la ilustración y de la filosofía <sup>34</sup>, poco a poco se iban sometiendo a la enseñanza que él daba, y tan sinceramente recibieron de él en el fondo de sus almas la fe en la palabra divina, que también ellos sobresalieron en el mo-

mento de la persecución de entonces, de manera que algunos incluso fueron detenidos y acabaron en el martirio.

#### 4

[CUÁNTOS DE LOS INSTRUIDOS POR ORÍGENES FUERON ELEVADOS  
A LA CATEGORÍA DE MÁRTIRES]

1 El primero, pues, de éstos fue Plutarco, mencionado poco más arriba <sup>35</sup>. Cuando éste era conducido a la muerte, de nuevo faltó poco para que aquel de quien estamos hablando y que le asistía hasta el último instante de su vida fuera linchado allí mismo por los ciudadanos, como culpable evidente de aquella muerte. Pero también entonces la voluntad de Dios seguía guardándolo.

2 Después de Plutarco, el segundo de los discípulos de Orígenes en señalarse como mártir es Sereno, que mediante el fuego dio prueba de la fe que había recibido.

3 Tercer mártir de la misma escuela fue Heráclides, y tras él, el cuarto, Herón; aquél aún era catecúmeno, éste neófito <sup>36</sup>; los dos fueron decapitados. Todavía, además de éstos, de la misma escuela hubo otro Sereno, distinto del primero, quinto en proclamarse atleta de la religión, de quien dice la tradición <sup>37</sup> que, después de soportar muchos tormentos, fue decapitado. Y entre las mujeres también

Herais, todavía catecúmena, consumó su vida «tras recibir—como dice él mismo en alguna parte—el bautismo de fuego» 38.

## 5

[DE POTAMIENA]

1 Entre ellos cuéntase como séptimo Basíldes 39, el que condujo a la famosísima Potamiena 40 a su ejecución. Mucho es lo que todavía hoy se cuenta de ella y se celebra entre sus compatriotas. Después de sostener mil combates contra hombres disolutos en defensa de la pureza de su cuerpo y de su virginidad que la distingúan (pues lo mismo que la fuerza de su alma, también la belleza de su cuerpo estaba en plena floración) y después de soportar innumerables tormentos, por último, tras de torturas terribles y que hacen estremecer con sólo nombrarlas, murió abrasada viva juntamente con su madre, Marcela.

2 Se cuenta al menos que el juez, cuyo nombre era Aquila 41, después de hacerla atormentar cruelmente por todo el cuerpo, finalmente amenazó con entregarla a los gladiadores para ultraje de su cuerpo 42, pero ella, después de reflexionar ensimismada breves instantes, al ser preguntada por qué decidía, dio tal respuesta, que a los oídos de aquéllos parecía sonar a algo impío.

3 Aún hablaba cuando recibió los términos de su sentencia. Basíldes, uno de los funcionarios militares 43, la tomó y la condujo

para su ejecución. Como la turba intentaba molestarla y vejarla con palabras intemperantes, él rechazaba y ahuyentaba a los insolentes y mostraba para con ella la mayor compasión y humanidad. Ella, por su parte, aceptando la simpatía de que era objeto, exhortaba a aquel hombre a tener valor, porque ella le reclamaría a su propio Señor nada más partir y en breve podría corresponder a lo que él había hecho por ella <sup>44</sup>.

4 Dicho esto, afrontó con nobleza su fin mientras le iban derramando la pez hirviendo lenta y paulatinamente por los distintos miembros de su cuerpo, desde las plantas de los pies hasta el vértice de la cabeza.

5 Y así fue el combate que libró esta joven digna de encomio. No mucho después, Basíledes, habiéndole exigido juramento sus compañeros de milicia por cierto motivo, aseguraba que en modo alguno le estaba permitido jurar <sup>45</sup>, porque era cristiano y lo proclamaba públicamente. Al principio, durante algún tiempo, creyeron que bromeaba, pero como él se empecinase obstinadamente, lo condujeron al juez; y también ante él proclamó su resistencia y fue arrojado en prisiones.

6 Cuando sus hermanos en Dios se llegaron a él y trataron de informarse de la causa de esta repentina y maravillosa decisión, cuéntase que dijo que Potamiena se le había aparecido durante la noche, tres días después de su martirio, le había ceñido la cabeza con una corona y le había dicho que ella había pedido al Señor gracia por él, que había obtenido lo pedido y que no tardando mucho lo tomaría

consigo. Ante esto los hermanos le impartieron el sello del Señor <sup>46</sup>, y al día siguiente, después de brillar en el testimonio del Señor, fue decapitado.

7 Se cuenta asimismo que, por las fechas mencionadas, muchos otros ciudadanos de Alejandría se acercaban en masa a la doctrina de Cristo, porque en sueños se les había aparecido Potamiana, según decían, y les había invitado a ello. Mas baste ya con esto.

## 6

### [DE CLEMENTE DE ALEJANDRÍA]

Habiendo sucedido a Panteno, Clemente venía rigiendo la catequesis de Alejandría hasta aquel mismo tiempo, de manera que también Orígenes fue uno de sus discípulos <sup>47</sup>. Por lo menos Clemente, al consignar el material de sus *Stromateis*, en el libro primero, expone un cuadro cronológico señalando como límite la muerte de Cómodo, con lo cual queda claro que compuso esta obra en tiempos de Severo <sup>48</sup>, cuya época se describe en la presente historia.

## 7

### [DEL ESCRITOR JUDAS]

En este mismo tiempo, otro escritor, Judas <sup>49</sup>, comentando por escrito las setenta semanas de Daniel <sup>50</sup>, detiene también su cronología en el décimo año de Severo <sup>51</sup>. También creía que la tan decantada aparición del anticristo se estaba ya entonces acercando. ¡Así de trastornadas tenía las mentes de la mayoría la violencia de aquella persecución contra nosotros! <sup>52</sup>.

## 8

### [DE LA HAZAÑA DE ORÍGENES]

1 En este tiempo <sup>53</sup>, estando ocupado en el trabajo de la catequesis en Alejandría, Orígenes lleva a cabo una hazaña que, si demuestra un ánimo inmaduro y juvenil, ofrece a la vez una prueba rotunda de fe y de continencia.

2 Efectivamente, tomando muy a la letra con ánimo bastante juvenil la frase: *Hay eunucos que se castraron a sí mismos por el reino de los cielos* <sup>54</sup> y pensando, por una parte, cumplir así la palabra del

Salvador, y por otra, con el fin de evitar entre los infieles toda sospecha y calumnia vergonzosa, puesto que, siendo tan joven, trataba de las cosas de Dios no sólo con hombres, sino también con mujeres, se decidió a poner por obra la palabra del Salvador, cuidando de que pasara inadvertido a la mayoría de sus discípulos <sup>55</sup>.

3 Pero no le era posible, aun queriéndolo, ocultar hazaña semejante, y así más tarde lo supo Demetrio, como presidente de aquella iglesia. Mucho fue lo que le admiró por aquella hazaña, y aceptando el celo y la sinceridad de su fe, le exhortaba a tener ánimo y le estimulaba a empeñarse ahora con más fuerza en la obra de la catequesis.

4 Tal era, por entonces, la actitud de Demetrio. Pero no mucho tiempo después <sup>56</sup>, viendo el éxito de Orígenes, su grandeza, su brillantez y su fama universal, fue víctima de humana pasión y trató de describir a los obispos de todo el mundo aquella hazaña como de todo punto absurda, cuando los obispos más probados y más ilustres de Palestina, a saber, los de Cesarea y Jerusalén <sup>57</sup>, considerando a Orígenes digno de privilegio y del más alto honor, le impusieron las manos para ordenarlo de presbítero.

5 Así, pues, en el momento mismo en que Orígenes había alcanzado una gran gloria y se había conquistado en todas partes y entre todos los hombres no pequeño renombre y fama de virtud y sa-

biduría, Demetrio, no teniendo ningún otro motivo de acusación, armó un escándalo tremendo por aquella acción que Orígenes había cometido siendo un niño y se atrevió a envolver en sus acusaciones a los que le habían promovido al presbiterado.

6 Esto ocurrió, en realidad, poco tiempo después. Por entonces, sin embargo, Orígenes estaba entregado en Alejandría a la enseñanza divina para todos los que acudían a él, sin reservas, de noche e incluso durante el día, dedicando sin vacilación todo su tiempo a las ciencias divinas y a los discípulos que le frecuentaban.

7 Después de ejercer Severo el imperio durante dieciocho años, le sucede su hijo Antonino <sup>58</sup>. En este tiempo, uno de los que en la persecución se portaron virilmente y, tras los combates de su confesión, fueron preservados por la providencia divina, fue un tal Alejandro, mencionado hace un instante como obispo de la iglesia de Jerusalén <sup>59</sup>; por haberse distinguido en su confesión por Cristo se le consideró digno del mencionado episcopado, aunque Narciso <sup>60</sup>, su predecesor, vivía todavía <sup>61</sup>.

## [DE LOS MILAGROS DE NARCISO]

1 Muchos, pues, y diversos son los milagros que los ciudadanos de aquella iglesia recuerdan de Narciso, transmitidos por tradición de los hermanos que se han sucedido <sup>62</sup>. Entre ellos refieren también el siguiente prodigio realizado por él.

2 Dicen que una vez, durante la gran vigilia de Pascua, faltó el aceite a los diáconos <sup>63</sup>, por lo cual se apoderó de toda la muchedumbre un gran desánimo. Narciso mandó entonces a los que preparaban las luces que sacasen agua y se la llevaran a él.

3 Hecho esto, oró sobre el agua y con toda la sinceridad de su fe en el Señor ordenó echarla en las lámparas. Ejecutado que se hubo también esto, por un poder maravilloso y divino y contra todo razonamiento, la naturaleza del agua cambió su cualidad en la del aceite, y muchos de los hermanos que allí estaban conservaron largo tiempo, desde entonces hasta nuestros días, un poquito de aquel aceite como prueba del milagro de entonces.

4 Muchas otras cosas dignas de mención se cuentan de la vida de este hombre, entre ellas también la siguiente. Unos pobres hombrillos, incapaces de soportar el vigor de aquél y la constancia de su vida, temerosos de ser arrestados y sometidos a castigo, pues eran

conscientes de sus delitos innumerables, tomaron la delantera y urdieron y esparcieron una calumnia terrible contra él.

5 Luego, con el fin de asegurarse la confianza de los oyentes, confirmaban con juramento sus acusaciones: uno juraba porque el fuego le destruyese; otro porque una enfermedad funesta consumiera su cuerpo, y un tercero, porque sus ojos cegaran. Pero ni aun así, ni siquiera jurando, un solo fiel les prestó atención, por la templanza de Narciso, que de siempre brilló ante todos y por su conducta virtuosa en todo.

6 El, sin embargo, no pudiendo sobrellevar en modo alguno la maldad de estas calumnias, y por otra parte, estando desde hacía largo tiempo en busca de una vida filosófica, huyó de la muchedumbre entera de la iglesia y pasó muchos años oculto en regiones desiertas y recónditas<sup>64</sup>.

7 Pero el gran ojo de la justicia tampoco permaneció quieto ante tales desmanes, sino que a toda prisa se dio a la persecución de aquellos impíos con las mismas desgracias con que se habían ligado perjurando contra sí mismos, pues el primero, sin motivo ninguno, simplemente así, habiendo caído una chispita en la casa en que él moraba, incendiándola por completo durante la noche, pereció abrasado con toda su familia; el otro se vio de repente con el cuerpo, desde la planta de los pies hasta la cabeza, lleno de aquella enfermedad con que él mismo se castigó de antemano;

8 y el tercero, así que vio el final de los primeros, temblando ante la ineludible justicia de Dios que lo ve todo, hizo confesión pública de lo que habían tramado en común los tres. En su arrepen-

timiento, se agotaba de tanto gemir y no cesaba de llorar, tanto que llegó a perder sus dos ojos. Tales fueron los castigos que sufrieron éstos por sus mentiras.

## 10

[DE LOS OBISPOS DE JERUSALÉN]

Habiéndose retirado Narciso y no sabiendo nadie dónde podía hallarse, los obispos que presidían las iglesias limítrofes resolvieron imponer las manos a un nuevo obispo. Díos se llamaba éste. Después de presidir no mucho tiempo, le sucedió Germanión, y a éste, Gordio <sup>65</sup>, bajo el cual reapareció Narciso, de alguna parte, como un resucitado. Los hermanos le llamaron de nuevo para ocupar la presidencia. Todos le admiraban todavía más, por causa de su retiro, de su filosofía y, sobre todo, por la venganza que Dios había obrado en su favor.

## 11

[DE ALEJANDRO]

1 Como quiera que Narciso no estaba ya en condiciones de ejercer el ministerio por causa de su extrema vejez, la providencia de Dios llamó al mencionado Alejandro <sup>66</sup>, que era obispo de otra igle-

sia, para ejercer las funciones episcopales junto con Narciso <sup>67</sup>, conforme a una revelación que tuvo éste en sueños por la noche <sup>68</sup>.

2 Ocurrió, pues, que Alejandro, como obedeciendo a un oráculo, emprendió un viaje desde Capadocia, donde por primera vez fue investido del episcopado <sup>69</sup>, a Jerusalén, por motivos de oración y de estudio de los lugares <sup>70</sup>. La gente de allí le recibió con los mejores sentimientos y ya no le permitieron regresar a su país, conforme a otra revelación que también ellos habían tenido durante la noche y según una voz que se dejó oír clarísima a los más celosos de entre ellos, pues les indicaba que se adelantasen fuera de las puertas de la ciudad y recibiesen al obispo que Dios les había predestinado. Después de obrar así, con el común parecer de los obispos que regían las iglesias circundantes, obligaron a Alejandro a permanecer allí forzosamente <sup>71</sup>.

3 El mismo Alejandro, en carta privada a los antinoítas <sup>72</sup>, que todavía hoy se conserva entre nosotros, menciona el episcopado de Narciso, compartido con él, cuando escribe textualmente al final de la carta:

«Os saluda Narciso, el que rigió antes que yo la sede episcopal de

aquí, y ahora, a sus ciento dieciséis años cumplidos <sup>73</sup>, ocupa su lugar junto a mí en las oraciones y os exhorta, lo mismo que yo, a tener un mismo sentir».

4 Así ocurrieron estas cosas. De la iglesia de Antioquía, al morir Serapión, recibió en sucesión el episcopado Asclepiades <sup>74</sup>, que también se había señalado por su confesión en el tiempo de la persecución.

5 Alejandro menciona también la institución de éste cuando escribe así a los antioquenos:

«Alejandro, siervo y prisionero de Jesucristo <sup>75</sup>, a la bienaventurada iglesia de Antioquía: salud en el Señor. El Señor me hizo soportables y ligeras las cadenas cuando en el tiempo de mi encarcelamiento supe que, por providencia divina, se había confiado el episcopado de vuestra santa iglesia de Antioquía a Asclepiades, el más indicado por su merecimiento» <sup>76</sup>.

6 Hace saber Alejandro que esta carta fue enviada por medio de Clemente; hacia el final escribe como sigue:

«Esta carta, queridos <sup>77</sup> hermanos míos, os la envió por el bienaventurado presbítero Clemente <sup>78</sup>, varón virtuoso y probado, a

quien vosotros ya conocéis también y a quien aprobaréis. En su estancia aquí, conforme a la providencia y supervisión del Dueño, ha consolidado y ha incrementado la Iglesia del Señor»<sup>79</sup>.

## 12

### [DE SERAPIÓN Y DE LAS OBRAS QUE DE ÉL SE CONSERVAN]

1 En cuanto al fruto de los afanes literarios de Serapión<sup>80</sup>, es natural que se hayan conservado también otras obras entre otras personas, pero a nosotros no han llegado más que éstas: *A Domno*, uno que en tiempo de la persecución había caído de la fe de Cristo para dar en la superstición judía<sup>81</sup>; y *A Poncio y Carico*, varones eclesiásticos ambos<sup>82</sup>, y otras cartas a otras personas;

2 y otro tratado que compuso *Acerca del llamado Evangelio de Pedro*<sup>83</sup>; lo escribió refutando las falsedades que en éste se dicen, por causa de algunos de la iglesia de Rosos<sup>84</sup> que, con la excusa de la dicha Escritura, se habían desviado hacia enseñanzas heterodoxas. Bueno será ofrecer de este libro algunas sentencias en las cuales presenta él su opinión acerca de aquel libro; escribe así:

3 «Porque también nosotros, hermanos, aceptamos a Pedro y a los demás apóstoles como a Cristo<sup>85</sup>, pero como hombres de expe-

riencia que somos, rechazamos los falsos escritos que llevan sus nombres, pues sabemos que no se nos han transmitido semejantes escritos.

4 »Porque yo mismo, hallándome entre vosotros, suponía que todos os atenáis a la recta fe, y sin haber leído el *Evangelio* que ellos me presentaban con el nombre de Pedro, dije: 'si es sólo eso lo que parece apocaros, que se lea'. Mas ahora que me he enterado, por lo que me han dicho, de que su pensamiento se ocultaba en cierta herejía, me daré prisa por estar de nuevo con vosotros; de manera que, hermanos, esperadme en breve.

5 »Por lo que hace a nosotros, hermanos, hemos comprendido a qué herejía pertenecía Marciano <sup>86</sup>, el cual se contradecía y no sabía lo que hablaba (lo aprenderéis por lo que os he escrito).

6 »Efectivamente, gracias a otros que practicaron este mismo *Evangelio*, es decir, gracias a los sucesores de los que lo iniciaron, a los cuales llamaremos docetas <sup>87</sup> (porque la mayor parte de su pensamiento pertenece a esta enseñanza), por habérselo prestado ellos, hemos podido leerlo detenidamente, y hemos hallado la mayor parte conforme a la recta doctrina del Salvador, pero también algunas cosas que se distinguen y que os hemos sometido» <sup>88</sup>. Esto sobre Serapión.

1 De Clemente, en cambio, se han conservado entre nosotros los *Stromateis*, los ocho libros íntegros<sup>89</sup>, a los que se dignó titular: *De Tito Flavio Clemente, Stromateis de las Memorias gnósticas según la verdadera filosofía*<sup>90</sup>.

2 Y de igual número que éstos son sus libros titulados *Hypotyposesis*<sup>91</sup>, en los cuales menciona expresamente a Panteno como maestro suyo y expone sus interpretaciones de las Escrituras y sus tradiciones.

3 Hay también de Clemente un *Discurso a los griegos*, *El prótreptico*, y tres libros de la obra titulada *El pedagogo*; otro tratado suyo, el así titulado *¿Quién es el rico que se salva?*<sup>92</sup>, y el tratado *Sobre la Pascua*<sup>93</sup>; y tratados *Sobre el ayuno* y *Sobre la maledicencia*, así como la *Exhortación a la paciencia* o *A los recién bautizados*, y el titulado *Canon eclesiástico* o *Contra los judaizantes*, que él dedicó al mencionado<sup>94</sup> obispo Alejandro.

4 Ahora bien, en los *Stromateis* se ha fabricado un tapiz<sup>95</sup> de

citas no solamente de la divina Escritura, sino también de las obras de los griegos, siempre que le parecía que también ellos habían dicho algo aprovechable. Y menciona las opiniones de la gente, a la vez que explica las de los griegos y las de los bárbaros <sup>96</sup>;

5 y además enmienda las falsas opiniones de los heresiarcas, despliega una gran información y nos proporciona la base de una sabia y variada instrucción. Con todo esto mezcla también las opiniones de los filósofos, de donde probablemente se originó que incluso el título de los *Stromateis* se ajustase al tema.

6 En los mismos libros hace también uso de testimonios tomados de las Escrituras discutidas <sup>97</sup>: de las llamadas *Sabiduría de Salomón* y *Sabiduría de Jesús (hijo) de Sirac*; de la *Carta a los Hebreos*, de las *Cartas de Bernabé*, de Clemente y de Judas;

7 y menciona el discurso de Taciano *Contra los griegos* <sup>98</sup> y también a Casiano <sup>99</sup> por haber compuesto una *Cronografía*, y además a los escritores judíos Filón <sup>100</sup>, Aristóbulo <sup>101</sup>, Josefo <sup>102</sup>, Demetrio <sup>103</sup> y Eupólemo <sup>104</sup>, por haber demostrado todos ellos en sus escritos que Moisés y el pueblo judío eran más antiguos que los orígenes de los griegos <sup>105</sup>.

8 Y de muchísimas otras enseñanzas útiles están llenas las men-

cionadas obras de este hombre. En la primera de ellas declara acerca de sí mismo que está muy próximo de la sucesión de los apóstoles <sup>106</sup> y promete, en ella, escribir también un comentario del Génesis <sup>107</sup>.

9 Y en su tratado *Sobre la Pascua* confiesa que ha sido compelido por sus compañeros a confiar a la escritura, en provecho de los que vengan después, las tradiciones que él tuvo la suerte de escuchar de boca de los antiguos presbíteros, y menciona a Melitón, a Ireneo y a algunos otros, de los cuales incluso cita pasajes.

## 14

### [DE CUÁNTAS ESCRITURAS HACE MENCIÓN CLEMENTE]

1 En las *Hypotyposeis*, por decirlo en resumen, da Clemente unas explicaciones precisas de la Escritura testamentaria <sup>108</sup> entera, sin omitir los escritos discutidos, quiero decir, la *Carta de Judas* y las demás *Cartas católicas*, así como la *Carta de Bernabé* y el llamado *Apocalipsis de Pedro* <sup>109</sup>.

2 Dice también que la *Carta a los Hebreos* es, ciertamente, de Pablo, pero que fue escrita en lengua hebrea para los hebreos, siendo Lucas quien la tradujo cuidadosamente y la editó para los griegos; de ahí que se encuentre el mismo colorido en el estilo de esta carta y en el de los *Hechos* <sup>110</sup>.

3 Y añade que la expresión «Pablo apóstol»<sup>111</sup> es natural que no esté escrita en el encabezamiento,

«porque—dice—como escribía a los hebreos, que tenían preven- ciones contra él y de él sospechaban, con absoluta prudencia no quiso espantarlos ya en el comienzo poniendo su nombre».

4 Y un poco más abajo añade:

«Ahora bien, como decía el bienaventurado presbítero<sup>112</sup>, puesto que el Señor, apóstol del Todopoderoso<sup>113</sup>, fue enviado a los he- breos<sup>114</sup>, Pablo, que lo había sido a los gentiles<sup>115</sup>, por modestia no se intituló apóstol de los hebreos, y a la vez por deferencia para con el Señor y porque, a pesar de ser heraldo y apóstol de los gentiles<sup>116</sup>, escribe, de añadidura, también a los hebreos una carta».

5 En los mismos libros<sup>117</sup> todavía ha insertado Clemente, acer- ca del orden de los *Evangelios*, una tradición recibida de los antiguos presbíteros<sup>118</sup>, que es como sigue. Decía que de los *Evangelios* se escribieron primero los que contienen las genealogías<sup>119</sup>;

6 que el *Evangelio de Marcos* tuvo el siguiente origen<sup>120</sup>: ha- llándose Pedro en Roma predicando públicamente la doctrina y ex- plicando el Evangelio por el Espíritu<sup>121</sup>, los que estaban presentes

—y eran muchos—exhortaron a Marcos, ya que le seguía desde hacía largo tiempo y se acordaba de lo que había dicho, a que lo pusiera por escrito. Después que lo hizo distribuyó el *Evangelio* a cuantos se lo pedían.

7 Y al enterarse Pedro, ni lo impidió ni lo estimuló. En cuanto a Juan, el último, sabedor de que lo corporal <sup>122</sup> estaba ya expuesto en los *Evangelios*, estimulado por sus discípulos e inspirado por el soplo divino del Espíritu, compuso un *Evangelio* espiritual <sup>123</sup>. Esto refiere Clemente.

8 Y de nuevo el susodicho Alejandro <sup>124</sup>, en cierta carta a Orígenes, hace a la vez mención de Clemente y de Panteno como de hombres conocidos suyos. Escribe así:

«Porque también esto fue—como sabes—voluntad de Dios <sup>125</sup> que la amistad <sup>126</sup> que provenía de nuestros padres permaneciera inviolable; es más, que fuera más cálida y más firme;

9 »efectivamente, reconocemos como padres a aquellos bienaventurados que nos han precedido en el camino y con los cuales estaremos dentro de poco: Panteno, el verdaderamente bienaventurado y señor, y el santo Clemente, que fue mi señor y me ayudó, y algún otro igual, si lo hay. Por medio de ellos te conocí a ti <sup>127</sup>, que en todo eres el mejor y señor y hermano mío».

Y así están las cosas.

10 En cuanto a Adamancio (que también este nombre tenía Orígenes) <sup>128</sup>, él mismo escribe en alguna parte que residió en Roma por el tiempo en que Zeferino estaba al frente de la iglesia de los romanos. Dice: «Deseando ver la antiquísima iglesia de los romanos...» <sup>129</sup> Después de pasar allí muy poco tiempo,

11 regresó a Alejandría, y allí continuaba cumpliendo con toda su diligencia las tareas acostumbradas de instrucción catequética. Demetrio, obispo del lugar, por entonces todavía le animaba y casi le suplicaba que fuera diligente en aprovechar a sus hermanos.

## 15

[DE HERACLAS]

Pero cuando Orígenes vio que él solo no se bastaba para un estudio más profundo de los misterios divinos, para la investigación e interpretación de las Sagradas Escrituras y, además, para la instrucción catequética de los que a él se acercaban y que ni respirar le dejaban, acudiendo unos tras otros a la escuela desde la aurora hasta el anochecer, dividió las muchedumbres, escogió entre sus discípulos a Heraclas <sup>130</sup>, varón celoso en las cosas de Dios y, por lo demás, muy erudito y no desprovisto de filosofía, y lo constituyó socio suyo en la

instrucción catequética. Y le encargó la primera iniciación de los recién admitidos, reservando para sí la instrucción de los ya experimentados.

## 16

### [DE CÓMO ORÍGENES SE HABÍA OCUPADO AFANOSAMENTE DE LAS DIVINAS ESCRITURAS]

1 Y tan cuidadosa era la investigación que Orígenes hacía de las palabras divinas, que incluso aprendió la lengua hebrea <sup>131</sup>, adquirió en propiedad las Escrituras originales, conservadas entre los judíos con los propios caracteres hebreos, y siguió la pista de las ediciones de otros traductores de las Sagradas Escrituras, aparte de los Setenta. Además de las traducciones trilladas y alternantes <sup>132</sup> de Aquila <sup>133</sup>, de Símaco <sup>134</sup> y de Teodoción, descubrió algunas otras que, tras seguir su rastro, sacó a la luz, yo no sé de qué escondrijos, donde antes se ocultaban desde antiguo.

2 Respecto de éstas, por su oscuridad y por no saber él de quiénes eran, solamente indicó lo siguiente: a saber, que una la encontró en Nicópolis, cerca de Accio <sup>135</sup>, y la otra en otro lugar parecido.

3 En las *Hexaplas* de los Salmos, al menos, después de las cuatro ediciones conocidas, no sólo puso una quinta traducción, sino

incluso una sexta y una séptima; sobre una de ellas está indicado que fue hallada en Jericó, dentro de un jarro <sup>136</sup>, en tiempos de Antonino <sup>137</sup>, el hijo de Severo.

4 Todas estas traducciones las reunió en un solo cuerpo, las dividió en miembros de frase y las colocó unas frente a otras, junto con el texto mismo hebreo, dejándonos así la copia de las llamadas *Hexaplas* <sup>138</sup>. Aparte, preparó la edición de Aquila, Símaco y Teodoción, junto con la de los Setenta, en las *Tetraplas* <sup>139</sup>.

## 17

### [DEL TRADUCTOR SÍMACO]

Por lo menos en lo tocante a estos mismos traductores, debe saberse que Símaco fue ebionita. La herejía, así llamada de los ebionitas, es la de los que afirman que Cristo nació de José y de María, creen que fue puro hombre y se empeñan en que es necesario guardar la ley más al modo judío, según lo que ya sabemos por lo referido anteriormente <sup>140</sup>. Y todavía hoy se conservan *Comentarios* <sup>141</sup> de Símaco, en los cuales parece querer confirmar la mencionada herejía, explicándose largamente a costa del *Evangelio de Mateo*. Orígenes

declara que estos escritos, junto con otras interpretaciones de Símaco sobre las Escrituras, los recibió de una tal Juliana, quien, a su vez, dice, había heredado los libros del mismo Símaco <sup>142</sup>.

## 18

[DE AMBROSIO]

1 Por esta época, también Ambrosio, que tenía las opiniones de la herejía de Valentín <sup>143</sup>, convencido por la verdad presentada por Orígenes y como si una luz le hubiera iluminado la mente, dio su asentimiento a la doctrina de la ortodoxia eclesiástica.

2 Y muchas otras gentes instruidas, al extenderse a todas partes la fama de Orígenes, acudían también a él con el fin de experimentar la pericia de este hombre en las doctrinas sagradas. Y miles de herejes y no pocos filósofos de los más señalados se adherían a él con afán, y él los instruía no sólo en las cosas divinas, sino incluso en la filosofía de fuera <sup>144</sup>.

3 Efectivamente, a cuantos veía bien dotados naturalmente, los iniciaba en los conocimientos filosóficos, dándoles geometría, aritmética y las otras disciplinas preliminares, guiándolos por las sectas existentes entre los filósofos, explicando minuciosamente las obras

de éstos y comentando y examinando a cada uno; de manera que, incluso entre los mismos griegos, se le proclamaba como gran filósofo.

4 Y a muchos, incluso de los menos preparados, los iniciaba en las disciplinas cíclicas, declarando que por ellas tendrían no pequeña capacitación para el examen y preparación de las divinas Escrituras; de ahí que considerase necesario, sobre todo para sí mismo, el ejercitarse en las disciplinas mundanas y en las filosóficas <sup>145</sup>.

## 19

### [CUÁNTAS COSAS SE MENCIONAN SOBRE ORÍGENES]

1 Testigos también de su éxito en estos estudios son, de los mismos griegos, aquellos filósofos que florecieron en su tiempo y en cuyas obras encontramos mencionado a este hombre muchas veces, unas porque le dedican sus propias obras, y otras porque le someten el fruto de sus propios trabajos, como a su maestro, para que los juzgue.

2 Mas ¿qué necesidad hay de decir esto cuando el mismo Porfirio, nuestro contemporáneo, establecido en Sicilia, ha compuesto unas obras contra nosotros <sup>146</sup>, intentando con ellas calumniar a las

Sagradas Escrituras y menciona a los que las han interpretado? No pudiendo en modo alguno cargar la menor acusación a cuenta de nuestras doctrinas y falta de razones, se vuelve contra los mismos intérpretes para injuriosos y calumniarlos, y más especialmente a Orígenes.

3 A éste dice que lo conoció en su primera juventud y trata de calumniarlo. Sin embargo, lo que realmente hace es recomendarlo sin saberlo, bien diciendo la verdad allí donde no le era posible decir otra cosa, bien mintiendo en lo que pensaba que pasaría inadvertido, y entonces, unas veces lo acusa de cristiano, y otras describe su entrega a las ciencias filosóficas.

4 Escucha, pues, lo que dice textualmente:

«Algunos, en su afán de hallar, no el abandono, sino una explicación de la perversidad de las Escrituras judaicas, se han entregado a unas interpretaciones que son incompatibles y están en desacuerdo con lo escrito, por lo que ofrecen, más que una apología en favor de lo extraño, la aceptación y alabanza de lo propio. Efectivamente, las cosas que en Moisés están dichas con claridad, ellos alardean de que son enigmas y les dan un aire divino, como de oráculos llenos de ocultos misterios, y después de hechizar con el humo de su orgullo la facultad crítica del alma, llevan a cabo sus interpretaciones» 147.

5 Después, tras algunas otras cosas, dice:

«Pero este género de absurdo lo han recibido de aquel varón a quien yo también traté siendo todavía muy joven, que tuvo enorme

reputación y que aún la tiene por los escritos que dejó, de Orígenes, digo, cuya gloria se ha esparcido ampliamente entre los maestros de estas doctrinas.

6 »Efectivamente, habiendo sido oyente de Ammonio <sup>148</sup>, el cual en nuestros tiempos ha sido el que más ha progresado en filosofía, llegó a adquirir de su maestro un gran aprovechamiento para el dominio de las ciencias, pero en lo que atañe a la recta orientación de la vida emprendió un camino contrario al de Ammonio.

7 »Efectivamente, Ammonio era cristiano y sus padres lo educaron en las doctrinas cristianas, pero cuando entró en contacto con el pensar y la filosofía, inmediatamente se convirtió a un género de vida conforme a las leyes <sup>149</sup>. Orígenes, en cambio, griego y educado en las doctrinas griegas <sup>150</sup>, vino a dar en la temeridad propia de los bárbaros. Dándose a ellas se corrompió él y corrompió su dominio de las ciencias. En cuanto a su vida, vivía como cristiano y en contra de las leyes. Por lo que hace a sus opiniones acerca de las cosas y de la divinidad, pensaba como griego e introducía lo griego en las fábulas extranjeras.

8 »Porque él vivía en trato continuo con Platón y frecuentaba las obras de Numenio, de Cronio, de Apolófanes, de Longino, de Moderato, de Nicómaco y de los autores más conspicuos de los pi-

tagóricos <sup>151</sup>. También usaba los libros del estoico Queremón y de Cornuto <sup>152</sup>. Por ellos conoció él la interpretación alegórica de los misterios de los griegos y la acomodó a las Escrituras judías».

9 Esto dice Porfirio en el libro tercero de los que él escribió *Contra los cristianos*. Dice la verdad en lo que atañe a la educación y a la múltiple sabiduría de Orígenes, pero miente claramente (¿por qué no había de hacerlo el adversario de los cristianos?) al afirmar que éste se convirtió de las doctrinas griegas, mientras que Ammonio había caído en un género de vida gentil desde una vida conforme a la religión.

10 Efectivamente, Orígenes conservó vivas las enseñanzas cristianas que venían de sus padres, como lo demuestran los pasajes precedentes de esta historia, y Ammonio mantuvo con firmeza puros e intachables, incluso hasta el último fin de su vida, los principios de la filosofía inspirada, como asimismo lo atestiguan de alguna manera hasta hoy los trabajos de este hombre, famoso entre la mayoría por los escritos que dejó, como, por ejemplo, el titulado *De la armonía entre Moisés y Jesús*, y todos los otros que se encuentran en poder de los amantes del saber <sup>153</sup>.

11 Lo que venimos diciendo queda, pues, ahí para prueba de la calumnia de este mentiroso, y a la vez del múltiple saber de Orígenes en las ciencias de los griegos, saber del que él mismo escribe en una carta defendiéndose contra algunos que le acusaban de su celo por aquellas ciencias:

**12** «Mas, como quiera que yo me daba a la doctrina, y la fama de nuestra capacidad se iba esparciendo, y se me acercaban ora herejes, ora de los que provenian de ciencias griegas, sobre todo filósofos, me determiné a examinar las opiniones de los herejes y cuanto proclaman los filósofos acerca de la verdad.

**13** »Esto lo hemos hecho imitando a Panteno <sup>154</sup>, aquel varón que antes que nosotros a tantos ayudó y que poseyó no pequeña preparación en aquellas ciencias, y también a Heraclas <sup>155</sup>, que ahora ocupa un puesto en el presbiterio de Alejandría y a quien yo hallé junto al maestro de las disciplinas filosóficas <sup>156</sup>, con el cual había ya permanecido él cinco años, antes de que yo comenzase a escuchar sus lecciones.

**14** »Por causa del maestro se despojó del vestido corriente que antes usaba y adoptó el uniforme de los filósofos, que aún conserva hasta hoy <sup>157</sup>, y no cesa de estudiar en los libros de los griegos todo lo que puede».

Esto es lo que dice Orígenes en defensa de su ejercitación en la literatura griega.

**15** En este tiempo, hallándose él de asiento en Alejandría, se le presentó un soldado que entregó sendas cartas a Demetrio, el obispo de la comunidad, y al gobernador de Egipto de entonces, de parte del gobernador de Arabia <sup>158</sup>, con el fin de que a toda prisa enviaran a Orígenes para que se entrevistase con él. Y Orígenes llegó

a Arabia. Pero no mucho después, cumplido el objeto de su ida <sup>159</sup>, regresó otra vez a Alejandría.

**16** Pero entretanto estalló de nuevo en la ciudad no pequeña guerra <sup>160</sup>, y Orígenes, saliendo ocultamente de Alejandría <sup>161</sup>, marchó a Palestina y residió en Cesarea. Aquí los obispos le pidieron que tuviese conferencias e interpretase las divinas Escrituras públicamente en la iglesia, a pesar de que todavía no había recibido la ordenación de presbítero.

**17** Que esto fuera así lo declaran las palabras de Alejandro, el obispo de Jerusalén <sup>162</sup>, y Teoctisto, el de Cesarea, quienes, escribiendo sobre Demetrio, se defienden como sigue:

«Añade en su carta <sup>163</sup> que esto jamás se oyó, ni ahora se hace, el que prediquen laicos estando presentes los obispos. Yo no sé cómo dice lo que evidentemente no es verdad,

**18** »porque dondequiera que se encuentran hombres con capacidad para aprovechar a los hermanos, los santos obispos les invitan a predicar al pueblo. Como invitaron nuestros bienaventurados hermanos: Neón a Evelpis en Laranda, Celso a Paulino en Iconio y Atico a Teodoro en Sínade <sup>164</sup>. Es probable que también en otros lugares ocurra igual, sin que nosotros lo sepamos».

Así es como el mencionado varón, aunque joven todavía, era

honrado no solamente por los compatriotas, sino también por los obispos del extranjero <sup>165</sup>.

19 Ahora bien, cuando Demetrio le llamó de nuevo por carta y le urgió por medio de diáconos de su iglesia para que regresara a Alejandría, después de llegar, continuó cumpliendo las tareas acostumbradas.

## 20

### [CUÁNTAS OBRAS SUBSISTEN DE LOS HOMBRES DE ENTONCES]

1 Florecían en esta época muchos varones elocuentes y eclesiásticos, cuyas cartas, que mutuamente se escribían, todavía hoy se conservan y son fáciles de hallar. También se han preservado hasta nuestros días en la biblioteca de Elia <sup>166</sup>, formada por Alejandro, que por entonces regía la iglesia de allí, y en la cual también nosotros hemos podido reunir personalmente el material para la presente obra.

2 Entre ellos, Berilo dejó también, junto con las cartas, diferentes y bellos escritos; era obispo de los árabes en Bostra <sup>167</sup>. Y lo mismo Hipólito, que probablemente presidía también otra iglesia <sup>168</sup>.

3 También ha llegado hasta nosotros de Cayo, varón sapientí-

simo, un *Diálogo* compuesto en Roma, en tiempos de Ceferino, contra Proclo, defensor de la herejía catafriga <sup>169</sup>. En este *Diálogo*, al poner freno a los contrarios en su propensión y atrevimiento a componer nuevas escrituras <sup>170</sup>, solamente hace mención de las trece *Cartas* del santo Apóstol y no enumera con las demás la *Carta a los Hebreos*, pues incluso hasta hoy algunos romanos piensan que no es del Apóstol <sup>171</sup>.

## 21

[CUÁNTOS OBISPOS ERAN CÉLEBRES EN AQUELLOS TIEMPOS]

1 Mas habiendo reinado Antonino siete años y seis meses, le sucedió Macrino <sup>172</sup>. Este se mantuvo un año, y de nuevo recibió el principado de los romanos otro Antonino <sup>173</sup>. En su primer año murió el obispo de los romanos Zeferino, tras haber ejercido el ministerio por espacio de dieciocho años completos. Después de él se confía el episcopado a Calixto <sup>174</sup>, que vivió todavía cinco años y dejó el ministerio a Urbano <sup>175</sup>.

2 Después de esto, no habiéndose mantenido Antonino más

que cuatro años, le sucedió como emperador Alejandro en el principado de los romanos <sup>176</sup>. En este tiempo también, Fileto sucede a Asclepiades en la iglesia de Antioquía <sup>177</sup>.

3 Ahora bien, la madre del emperador, llamada Mamea, mujer piadosísima como ninguna, al resonar por todas partes la fama de Orígenes hasta el punto de llegar a sus oídos, puso todo su empeño en ser considerada digna de contemplar a este hombre y experimentar su inteligencia de las cosas de Dios por todos admirada.

4 Así, pues, hallándose ella en Antioquía, le mandó comparecer escoltado por soldados. Pasó junto a ella algún tiempo y, después de exponer el mayor número de cosas posible, para gloria del Señor y de la virtud de la enseñanza divina, se apresuró a reanudar sus tareas acostumbradas <sup>178</sup>.

## 22

[CUÁNTAS OBRAS DE HIPÓLITO LLEGARON HASTA NOSOTROS]

Fue entonces precisamente cuando Hipólito <sup>179</sup> compuso también, junto con muchos otros comentarios, la obra *Sobre la Pascua*, en la cual expone una relación de los tiempos, propone cierta regla de un ciclo de dieciséis años para la Pascua y fija como límite de

los tiempos el primer año del emperador Alejandro <sup>180</sup>. De las demás obras suyas, las que han llegado hasta nosotros son las siguientes: *Sobre el Hexámeron*, *Sobre lo que sigue al Hexámeron*, *Contra Marción*, *Sobre el Cantar*, *Sobre partes de Ezequiel*, *Sobre la Pascua* <sup>181</sup>, *Contra todas las herejías* <sup>182</sup> y muchísimas otras que podrías encontrar conservadas en muchos lugares <sup>183</sup>.

## 23

[DEL CELO DE ORÍGENES Y CÓMO FUE ESTIMADO DIGNO  
DEL PRESBITERADO ECLESIAÍSTICO]

I A partir de entonces comenzó también Orígenes sus *Comentarios* a las divinas Escrituras <sup>184</sup>. Fue Ambrosio <sup>185</sup> quien le instigó, y no solamente con cuantos ánimos y exhortaciones podía de palabra, sino también con abundantísimas subvenciones para todo lo necesario.

2 Efectivamente, cuando dictaba, tenía a mano más de siete taquígrafos, que se relevaban cada cierto tiempo ya fijado, un número no menor de copistas y también algunas jóvenes prácticas en caligrafía <sup>186</sup>. Lo necesario para todos ellos lo proporcionaba Ambrosio en gran abundancia. Más todavía, contribuyó con celo indecible al estudio afanoso de los divinos oráculos y con ello empujaba a Orígenes a componer los *Comentarios*.

3 Mientras esto ocurría así, Ponciano sucedía a Urbano, que había sido obispo de la iglesia de Roma durante ocho años <sup>187</sup>, y Zebeno a Fileto, en la de Antioquía <sup>188</sup>.

4 Por este tiempo <sup>189</sup>, Orígenes, yendo a Grecia por Palestina, a causa de unos asuntos eclesiásticos de urgente necesidad <sup>190</sup>, en Cesarea recibe de los obispos de la región la ordenación del presbiterado <sup>191</sup>. La agitación que sobre él se levantó por este motivo y las decisiones tomadas por los preladados de las iglesias sobre esas agitaciones, así como también todo lo demás con que Orígenes en su plena madurez contribuyó en lo que toca a la doctrina divina, puesto que necesita una obra especial, lo hemos descrito en su justa medida en el libro segundo de la *Apología* que en defensa suya hemos compuesto <sup>192</sup>.

## [QUÉ COMENTARIOS ESCRIBIÓ ORÍGENES EN ALEJANDRÍA]

1 A esto habría que añadir que en el libro sexto de sus *Comentarios al (Evangelio) de Juan*, indica él que los cinco primeros los compuso estando todavía en Alejandría<sup>193</sup>. Pero del trabajo sobre este mismo Evangelio entero solamente han llegado hasta nosotros veintidós tomos<sup>194</sup>.

2 En el libro noveno de los *Comentarios al Génesis* (son doce en total)<sup>195</sup> muestra que no solamente redactó en Alejandría los que preceden al noveno, sino también los *Comentarios a los primeros veinticinco salmos*<sup>196</sup> y además los *Comentarios a las Lamentaciones*<sup>197</sup>, de los que han llegado a nosotros cinco tomos, en los cuales se hace mención incluso de los libros *Sobre la resurrección*, que son dos<sup>198</sup>.

3 Y no sólo éstos, sino que también los libros *Sobre los principios* los escribió antes de su emigración de Alejandría<sup>199</sup>; y en la

misma ciudad, bajo el reinado de Alejandro, compuso los libros titulados *Stromateis*, en número de diez <sup>200</sup>; así lo demuestran sus anotaciones autógrafas que encabezan los tomos.

## 25

### [CÓMO MENCIONÓ ORÍGENES LAS ESCRITURAS CANÓNICAS]

1 Al explicar el salmo primero, hace una exposición del catálogo de las Sagradas Escrituras del Antiguo Testamento <sup>201</sup>, escribiendo textualmente como sigue:

«No se ha de ignorar que los libros testamentarios, tal como los han transmitido los hebreos, son veintidós, tantos como número de letras hay entre ellos» <sup>202</sup>.

2 Luego, después de algunas frases, continúa diciendo:

«Los veintidós libros, según los hebreos, son éstos: el que entre nosotros se titula *Génesis*, y, entre los hebreos, *Brēsith*, por el comienzo del libro, que es: *En el principio*; *Exodo*, *Ouellesmōth*, que significa: *Estos son los nombres*; *Levítico*, *Ouikra*: *Y llamó*; *Números*, *Ammesphēkōdeim*; *Deuteronomio*, *Elleaddebareim*: *Estas son las palabras*; *Jesús, hijo de Navé*, *Josouebennoun*; *Jueces* y *Rut*, para ellos un solo libro: *Sophtein*; *I* y *II* de los *Reyes*, uno solo para ellos: *Samuel*, *El elegido de Dios*; *III* y *IV* de los *Reyes*, en uno: *Ouammelch-david*, que significa *Reino de David*; *I* y *II* de los *Paralipómenos*, en

uno: *Dabrëiamein*, esto es: *Palabras de los días*; *I y II de Esdras* en uno: *Ezra*, o sea, *Ayudador*; *Libro de los Salmos*, *Spharthelleim*; *Proverbios de Salomón*, *Melôth*; *Eclesiastés*, *Kôelth*; *Cantar de los Cantares* (y no, como piensan algunos, *Cantares de los cantares*), *Sirassireim*; *Isaías*, *Iessia*; *Jeremías*, junto con las *Lamentaciones* y la *Carta*, en uno: *Ieremia*; *Daniel*, *Daniël*; *Ezequiel*, *Iezekiël* <sup>203</sup>; *Job*, *Iob*; *Ester*, *Esther*. Y aparte de éstos están los de los *Macabeos*, que van titulados *Sarbethsabanaiel*».

3 Esto es, pues, lo que expone en el tratado arriba citado. Y en el libro primero de los *Comentarios al Evangelio de Mateo*, guardando el canon eclesiástico, atestigua que él conoce solamente cuatro *Evangelios*; escribe como sigue:

4 «Acerca de los cuatro *Evangelios*, que también son los únicos que no se han discutido en la Iglesia de Dios que está bajo el cielo, por tradición he aprendido que el primero que se escribió fue el *Evangelio de Mateo*, quien fue algún tiempo recaudador y después apóstol de Jesucristo, y que lo compuso en lengua hebrea y lo publicó para los fieles procedentes del judaísmo.

5 »El segundo fue el *Evangelio de Marcos*, quien lo hizo como Pedro se lo había indicado, el cual, en su *Carta católica*, le proclama hasta hijo suyo, con las siguientes palabras: *Os saluda la iglesia de Babilonia, coelegida, y Marcos, mi hijo* <sup>204</sup>.

6 »Y el tercero es el *Evangelio de Lucas*, el que Pablo alabó y que él hizo para los que venían de los gentiles <sup>205</sup>. Además de todos éstos está el *Evangelio de Juan*».

7 Y en el libro quinto de los *Comentarios al Evangelio de Juan*, el mismo autor dice acerca de las *Cartas* de los apóstoles lo siguiente:

«Pero aquel que había sido capacitado para convertirse en ministro del Nuevo Testamento, no de la letra, sino del espíritu <sup>206</sup>, Pablo, que había cumplido el Evangelio desde Jerusalén, dando la vuelta, hasta el Ilírico <sup>207</sup>, no escribió a todas las iglesias a las que había enseñado; es más, aun a las que escribió les envió cartas de unas pocas líneas.

8 »Y Pedro, sobre quien se edifica la Iglesia de Cristo, contra la cual no prevalecerán las puertas del hades <sup>208</sup>, dejó una sola carta por todos reconocida. Quizás también una segunda, pues se la pone en duda <sup>209</sup>.

9 »¿Qué habrá que decir sobre Juan, el que se recostó sobre el pecho de Jesús? <sup>210</sup> Dejó un solo *Evangelio*, aun cuando confesaba que podía escribir tantos que ni el mundo podría contenerlos <sup>211</sup>, y escribió también el *Apocalipsis*, tras recibir el mandato de callar y de no escribir las voces de los siete truenos <sup>212</sup>.

10 »Dejó también una *Carta* de muy pocas líneas, y quizá también una segunda y una tercera, pues no todos dicen que éstas sean genuinas <sup>213</sup>. Sólo que las dos no llegan al centenar de líneas».

11 Además de esto, Orígenes explica acerca de la *Carta a los Hebreos*, en sus *Homilias* sobre la misma, lo siguiente:

«Que el carácter de la dicción de la carta titulada *A los Hebreos* no tiene aquella rudeza de lenguaje del Apóstol, quien confiesa ser rudo en la palabra <sup>214</sup>, esto es, en el estilo, sino que la carta es bastante más griega por la composición de su dicción; todo el que sepa discernir las diferencias de estilo podrá reconocerlo.

12 »Y aún más, que los pensamientos de la carta son admirables y no inferiores a los de las cartas que se admiten ser del Apóstol, quienquiera que se aplica a la lectura del Apóstol, dirá con nosotros que también esto es verdad».

13 Después de otras cosas, añade:

«Por mi parte, si he de dar mi opinión, yo diría que los pensamientos sí son del Apóstol, pero el estilo y la composición son de alguien que evocaba de memoria las enseñanzas del Apóstol, como un alumno que anota por escrito las cosas que su maestro dijo. Por consiguiente, si alguna iglesia tiene esta carta como de Pablo, que también por esto se la estime, pues no sin motivo los antiguos varones la han transmitido como de Pablo.

14 »Pero ¿quién escribió la carta? Dios sabe la verdad; en cambio, hasta nosotros ha llegado el relato de algunos que dicen que la carta la escribió Clemente, obispo que fue de los romanos; y el de otros, según los cuales fue Lucas el que escribió el *Evangelio* y los *Hechos*. Pero esto quede así».

## 26

### [DE CÓMO HERACLAS RECIBIÓ EN SUCESIÓN EL EPISCOPADO DE ALEJANDRÍA]

Corría el año décimo del mencionado reinado <sup>216</sup> cuando Orígenes emigró de Alejandría a Cesarea <sup>217</sup>, dejando a Heraclas la escuela catequética de allí <sup>218</sup>. Pero no mucho tiempo después murió también Demetrio, el obispo de la iglesia de Alejandría, tras mantenerse en el ministerio por espacio de cuarenta y tres años completos <sup>219</sup>. Le sucedió Heraclas.

## 27

### [DE CÓMO CONSIDERABAN LOS OBISPOS A ORÍGENES]

Por este tiempo destacaba Firmiliano, obispo de Cesarea de Capadocia <sup>220</sup>. Tan grande era su interés por Orígenes, que una vez lo llamó a su propia región para provecho de las iglesias <sup>221</sup>, y otra vez marchó él a Judea, a casa de Orígenes, y convivió algún tiempo con él para su mejoramiento en las cosas divinas. Y no sólo

él, que también Alejandro, el obispo de Jerusalén, y Teoctisto, el de Cesarea, estaban adheridos a él en todo tiempo como a único maestro y le encomendaron que se ocupase de la interpretación de la Sagrada Escritura y del resto de la enseñanza eclesiástica <sup>222</sup>.

## 28

### [DE LA PERSECUCIÓN DE MAXIMINO]

Cuando el emperador de los romanos Alejandro dio fin a sus trece años de imperio, le sucedió Maximino César <sup>223</sup>. Este, por resentimiento contra la familia de Alejandro, que se componía de numerosos fieles, suscitó una persecución ordenando que solamente fueran eliminados los jefes de las iglesias, como culpables de la enseñanza del Evangelio <sup>224</sup>. Fue entonces cuando Orígenes compuso su obra *Sobre el martirio*, que dedicó a Ambrosio <sup>225</sup> y a Proctoeto, presbítero éste de la comunidad de Cesarea, porque en la persecución ambos habían sido presa de dificultades nada comunes. En ellas se distinguieron por su confesión estos dos varones, según

es tradición <sup>226</sup>, en tanto que Maximino duró no más de tres años <sup>227</sup>. Orígenes ha explicado este tiempo de la persecución en el libro XXII de sus *Comentarios al Evangelio de Juan* y en diversas cartas <sup>228</sup>.

## 29

### [DE CÓMO FABIÁN FUE MILAGROSAMENTE SEÑALADO POR DIOS COMO OBISPO DE ROMA]

1 Después de Maximino, recibió en sucesión el principado de los romanos Gordiano <sup>229</sup>, y a Ponciano, que había ejercido el episcopado de la iglesia de Roma seis años, le sucedió Antero, quien, después de servir en el cargo durante un mes, tuvo por sucesor a Fabián <sup>230</sup>.

2 Se cuenta que Fabián, junto con otros, después de la muerte de Antero, vino del campo y se estableció en Roma, y que allí, por gracia divina y celestial llegó al cargo episcopal de la manera más extraordinaria.

3 Efectivamente, hallándose todos los hermanos reunidos para elegir al que había de recibir en sucesión el episcopado y siendo numerosísimos los varones ilustres y célebres que estaban en la mente de muchos, a nadie se le ocurrió pensar en Fabián, allí pre-

sente; sin embargo, de pronto, según cuentan, una paloma de lo alto se posó sobre su cabeza, imitando manifiestamente el descenso del Espíritu Santo en figura de paloma sobre el Salvador <sup>231</sup>.

4 Ante este hecho, todo el pueblo, como movido por un único espíritu divino, se puso a gritar con todo entusiasmo y unánimemente que éste era digno, y sin más tardar lo tomaron y lo colocaron sobre el trono del episcopado.

Por entonces también, muerto el obispo de Antioquía Zebeno, le sucedió en el cargo Babilas <sup>232</sup>. Y en Alejandría, como quiera que después de Demetrio había recibido el ministerio episcopal Heraclas, sucedió a éste en la escuela de catequesis Dionisio <sup>233</sup>, otro discípulo de Orígenes.

## 30

### [CUÁNTOS DISCÍPULOS TUVO ORÍGENES]

Muchos eran los que acudían a Orígenes, mientras éste se daba en Cesarea <sup>234</sup> a sus tareas habituales, y no solamente nativos, sino también innumerables discípulos del extranjero que habían dejado su patria. De ellos, los más ilustres sabemos que fueron Teodoro—que es la misma persona que el famoso obispo contemporáneo nuestro Gregorio—y su hermano Atenodoro <sup>235</sup>. Aunque los dos estaban como embebidos por los estudios griegos y romanos <sup>236</sup>,

Orígenes les fue inoculando el amor de la filosofía y les impulsó a trocar por la ascesis divina aquel su primer ardor. Cinco años enteros convivieron con él y tan grande fue su mejoramiento en las cosas divinas que, aun siendo jóvenes ambos, se les consideró dignos del episcopado de las iglesias del Ponto <sup>237</sup>.

## 31

[DE AFRICANO]

1 También en este tiempo era conocido Africano <sup>238</sup>, el autor de los escritos titulados *Kestoi* <sup>239</sup>. De él se conserva una *Carta* escrita a Orígenes, en la cual se muestra dudoso de si la historia de Susana en el libro de *Daniel* es espuria e inventada. Orígenes le dio una respuesta completísima <sup>240</sup>.

2 Del mismo Africano han llegado hasta nosotros otros trabajos, cinco libros de *Cronografías* <sup>241</sup> ejecutados con exactitud. En ellos dice que él mismo se puso en camino hacia Alejandría por la

mucha fama de Heraclas, a quien, según ya indicamos <sup>242</sup>, después de haberse distinguido muchísimo en filosofía y otras ciencias de los griegos, se había conñado el episcopado de aquella iglesia.

3 También se conserva una segunda *Carta* del mismo Africano dirigida a Aristides <sup>243</sup>, acerca de la aparente discordancia de las genealogías de Cristo en Mateo y Lucas. En ella establece clarísimamente la concordancia de ambos evangelistas, partiendo del relato a él llegado y que nosotros recogimos a su tiempo y expusimos en el libro primero de la presente obra <sup>244</sup>.

## 32

### [QUÉ COMENTARIOS ESCRIBIÓ ORÍGENES EN CESAREA DE PALESTINA]

1 Y Orígenes, por este tiempo <sup>245</sup>, componía los *Comentarios a Isaías* <sup>246</sup>, como también, por las mismas fechas, los *Comentarios a Ezequiel*. De ellos han llegado hasta nosotros treinta tomos del comentario a la tercera parte de Isaías, hasta la visión de los cuadrúpedos en el desierto <sup>247</sup>, y de los *Comentarios a Ezequiel*, veinticinco tomos, que son los únicos que se han hecho sobre el profeta entero.

2 Hallándose por aquel entonces en Atenas <sup>248</sup>, da remate a los *Comentarios a Ezequiel* y comienza los del *Cantar de los Cantares*,

continuándolos allí mismo hasta el libro quinto <sup>249</sup>. Regresó luego a Cesarea y los terminó; diez en total.

3 Y ¿para qué hacer aquí de las obras de este hombre un catálogo que necesitaría un estudio especial? Nosotros ya las hemos incluido en la relación de la vida del santo mártir de nuestros días Pánfilo <sup>250</sup>; al demostrar en ella cuán grande era el celo de Pánfilo por las cosas divinas, cité las listas de la biblioteca por él reunida a base de las obras de Orígenes y de otros escritores eclesiásticos <sup>251</sup>. Por esas listas, quien lo quiera podrá distinguir perfectísimamente las obras de Orígenes que han llegado hasta nosotros. Pero ahora debemos seguir con el hilo de nuestra historia.

## 33

### [SOBRE EL DESCARRÍO DE BERILO]

1 Berilo, el obispo de Bostra, mencionado un poco más arriba <sup>252</sup>, pervertía la regla eclesiástica y trataba de introducir enseñanzas extrañas a la fe, atreviéndose a decir que nuestro Salvador y Señor no preexistía con propia delimitación de ser antes de residir entre los hombres, y que tampoco poseía divinidad propia, sino únicamente la del Padre, que habita en él <sup>253</sup>.

2 Ante esto, muchos obispos habían procedido a interrogar a

Berilo y dialogar con él; Orígenes fue llamado con otros y bajó <sup>254</sup>. Comenzó conversando con Berilo para ver de saber qué pensaba, y cuando supo también lo que decía, comprobó que no opinaba rectamente y, persuadiéndole con su razonamiento, le asentó en la verdad acerca de la doctrina y le restableció en su primera y sana opinión.

3 Y hasta hoy subsisten escritos de Berilo y del sínodo que hubo por causa suya, escritos que contienen, junto con las preguntas que Orígenes le hizo y los diálogos tenidos en su propia comunidad, todo lo que en aquella ocasión se trató <sup>255</sup>.

4 Sobre Orígenes, en fin, los más ancianos de nuestra generación han transmitido el recuerdo de otros innumerables casos que habremos de omitir, me parece, por no atañer a la presente obra. Mas todo lo que era necesario conocer de cuanto a él se refiere puede recogerse de la *Apología* que en defensa suya hemos elaborado el santo mártir de nuestro tiempo Pánfilo y nosotros, obra que, tras penoso esfuerzo hemos realizado juntos con gran diligencia, por causa de los porfiadores <sup>256</sup>.

## 34

[LO OCURRIDO EN TIEMPO DE FELIPE]

Al terminar Gordiano su reinado de seis años completos sobre los romanos, le sucede en el principado Felipe, junto con su hijo Felipe <sup>257</sup>. De él cuenta una tradición que, como era cristiano <sup>258</sup>, quiso tomar parte con la muchedumbre en las oraciones que se hacían en la Iglesia el día de la última vigilia de la Pascua, pero el que presidía en aquella ocasión <sup>259</sup> no le permitió entrar sin haber hecho antes la confesión y haberse inscrito con los que se clasificaba como pecadores y ocupaban el lugar de la penitencia, porque, si no hacía esto, nunca lo recibiría de otra manera, a causa de los muchos cargos que se le hacían. Y se dice que al menos obedeció con buen ánimo y demostró con obras la sinceridad y piedad de sus disposiciones respecto del temor de Dios.

## 35

[DE CÓMO DIONISIO SUCEDIÓ A HERACLAS EN EL EPISCOPADO]

Era el tercer año de éste <sup>260</sup>, cuando muerto Heraclas después de presidir durante unos dieciséis años las iglesias de Alejandría, recibió el episcopado Dionisio <sup>261</sup>.

## [QUÉ OTRAS OBRAS COMPUSO ORÍGENES]

1 Fue entonces, como era natural también, mientras la fe se multiplicaba y nuestra doctrina se expresaba con libertad por todas partes, cuando Orígenes, según dicen, habiendo sobrepasado los sesenta años y por tener ya reunida una gran experiencia con su larga preparación, permitió a los taquígrafos transcribir las conferencias <sup>262</sup> tenidas por él en público, siendo así que nunca anteriormente consintió que esto se hiciera <sup>263</sup>.

2 También compuso en este tiempo los ocho libros contra la obra del epicúreo Celso <sup>264</sup> contra nosotros, titulada *Doctrina verdadera*, así como los veinticinco tomos *Sobre el Evangelio de Mateo* <sup>265</sup> y los tomos *Sobre los doce profetas*, de los que hemos encontrado solamente veinticinco <sup>266</sup>.

3 Se conserva de él, además, una carta al mismo emperador Felipe y otra a su mujer Severa, así como otras muchas a diferentes personas. De ellas hemos recogido en volúmenes propios, para que no anden más diseminadas, cuantas hemos podido reunir, conservadas acá y allá entre diferentes personas. Sobrepasan el número de ciento <sup>267</sup>.

4 Escribió asimismo a Fabián, el obispo de Roma, y a muchísimos otros jefes de iglesias, acerca de su propia ortodoxia. Pruebas de ello las tienes en el libro sexto de la *Apología* que hemos escrito sobre este hombre <sup>268</sup>.

## 37

### [DE LA DISCORDIA DE LOS ÁRABES]

Por el mismo tiempo de que hablamos, surgieron nuevamente en Arabia otros introductores de una doctrina ajena a la verdad, los cuales decían que el alma humana, en tanto dure el tiempo presente, muere en el trance postrero juntamente con los cuerpos y con ellos se corrompe, pero que de nuevo un día revivirá con ellos al tiempo de la resurrección. Pues bien, también entonces se reunió un concilio no pequeño y de nuevo se llamó a Orígenes <sup>269</sup>, quien tuvo en público algunos discursos acerca del asunto debatido, y de tal manera se condujo que mudaron sus opiniones los que primeramente habían sido engañados.

## 38

### [DE LA HEREJÍA DE LOS HELCESAÍTAS]

También entonces dio comienzo a una nueva perversión la herejía llamada de los helcesaítas, que se extinguió apenas nacida <sup>270</sup>.

La menciona Orígenes en una homilía sobre el salmo 82, que pronunció en público, y dice así:

«Ha venido actualmente uno que se gloria de poder ser embajador de una doctrina atea e impía por demás, llamada de los helcesaitas, que se ha alzado recientemente contra las iglesias. Cuales sean las maldades que profiere esta doctrina, voy a exponéros las, para que no os atrape. Rechaza algunas cosas de toda la Escritura; utiliza, empero, pasajes tomados de todo el Antiguo Testamento y de los Evangelios; al Apóstol lo rechaza por entero. Y dice que el renegar la fe es cosa indiferente, y que el hombre apercebido, en caso de necesidad, renegará con la boca, aunque no en su corazón. Y poseen un libro del que dicen que ha caído del cielo y que quien lo escuche y tenga fe recibirá perdón de sus pecados, un perdón diferente del que Cristo Jesús dio».

## 39

[DE LOS TIEMPOS DE DECIO]

I Ahora bien, a Felipe, que había imperado siete años, le sucede Decio <sup>271</sup>, quien, por odio a Felipe, suscitó una persecución

contra las iglesias <sup>272</sup>. En ella consumó Fabián su martirio en Roma, y Cornelio le sucedió en el episcopado <sup>273</sup>.

2 Y en Palestina, Alejandro, el obispo de la iglesia de Jerusalén, nuevamente <sup>274</sup> comparece por Cristo ante los tribunales del gobernador en Cesarea, y después de distinguirse en esta segunda confesión de fe, experimenta la cárcel a pesar de estar ya coronado con las canas venerables de su espléndida vejez.

3 Muerto en la prisión <sup>275</sup>, después de dar brillante y clarísimo testimonio ante los tribunales del gobernador, se proclama a Mazabanes sucesor en el episcopado de Jerusalén <sup>276</sup>.

4 De modo parecido a Alejandro murió Babilas en prisión en Antioquía después de su confesión de fe, y Fabio se puso al frente de aquella iglesia <sup>277</sup>.

5 En cuanto a Orígenes, cuántas y cuáles cosas le sucedieron en la persecución y el fin que tuvieron, siendo así que el demonio malvado había enfilado a porfía contra él todo su ejército y luchaba contra él con todas sus artes, y todo su poder, y se abatía sobre él de modo diferente que sobre todos los demás a quienes hacía la guerra entonces; y luego cuántos y cuáles sufrimientos hubo de soportar aquel hombre por la doctrina de Cristo: cadenas y torturas, los suplicios corporales, los suplicios por el hierro y los suplicios en la lobrete de la cárcel; y cómo habiendo tenido sus

pies durante muchos días extendidos en el cepo hasta el cuarto agujero y después de ser amenazado con el fuego, soportó aún con entereza muchos otros tormentos que sus enemigos le inferían; y en qué paró todo esto, ya que el juez se esforzaba porfiadamente con todas sus fuerzas porque no se le quitara la vida; y después de todo esto, qué clases de sentencias ha dejado tras de sí, llenas también ellas de provecho para los que necesitan recuperarse: todo esto lo contienen las numerosas cartas de este hombre, con tanta verdad como exactitud <sup>278</sup>.

## 40

[DE LO ACONTECIDO A DIONISIO]

I Lo referente a Dionisio <sup>279</sup> voy a presentarlo tomándolo de su *Carta contra Germán* <sup>280</sup>, donde, hablando de sí mismo, cuenta como sigue:

«Yo, por mi parte, también estoy hablando delante de Dios y él sabe si miento <sup>281</sup>. No he emprendido la fuga basado en mí mismo y sin ayuda de Dios,

2 »sino que, antes, declarada la persecución de Decio, a la

misma hora envió Sabino <sup>282</sup> un *frumentario* <sup>283</sup> en mi busca. Yo permanecí cuatro días en mi casa esperando la llegada del frumentario, pero éste anduvo dando vueltas escudriñándolo todo, los caminos, los ríos, los campos, donde él sospechaba que yo me ocultaba o andaba; mas estaba afectado de ceguera y no encontraba la casa, pues no creía que yo, estando perseguido, permaneciera en casa.

3 «Y solamente después del cuarto día, porque Dios me ordenaba trasladarme y milagrosamente nos abrió camino, salimos juntos yo y mis hijos <sup>284</sup> y muchos hermanos. Y que esto fue obra de la providencia de Dios lo pusieron de manifiesto los acontecimientos exteriores en que acaso fuimos de provecho para algunos».

4 Luego, después de entremediar alguna otra cosa, manifiesta lo que le aconteció después de su fuga, añadiendo lo que sigue:

«Yo, por mi parte, hacia la puesta del sol, caí efectivamente en manos de los soldados, junto con mis acompañantes, y fui conducido a Taposiris, mientras que Timoteo <sup>285</sup>, por la providencia de Dios, no se hallaba presente de casualidad y no fue detenido. Cuando más tarde regresó, encontró la casa desierta y unos servidores guardándola, y en cuanto a nosotros, que nos habían apresado».

5 Y después de otras cosas dice:

«¿Y cuál fue la manera de su admirable disposición providencial? Porque se ha de decir la verdad. Un campesino salió al encuen-

tro de Timoteo, que iba huyendo lleno de turbación, y le preguntó la causa de aquella precipitación.

6 »Este le dijo la verdad, y aquél, cuando lo oyó (marchaba a un banquete de boda, pues tienen la costumbre de pasar toda la noche en semejantes concurrencias), no hizo más que entrar y contárselo a los que estaban a la mesa <sup>286</sup>. Todos ellos, como a una señal convenida y por impulso unánime, se pusieron en pie y a todo correr llegaron en seguida; cayeron sobre nosotros con gran griterío y, al darse a la fuga los soldados que nos guardaban, se acercaron a nosotros como estábamos, echados sobre unos camastros sin cobertores.

7 »Yo entonces—sabe Dios que al pronto los tomé por salteadores venidos para robar y pillar—permanecí en el lecho, desnudo como estaba, con la simple camisa de lino, y los demás vestidos que estaban junto a mí se los iba ofreciendo. Pero ellos nos ordenaron levantarnos y salir a toda prisa.

8 »Entonces comprendí por qué estaban allí y comencé a gritar pidiéndoles y suplicándoles que se fueran y nos dejaran y, si querían hacer algo provechoso, yo les rogaba que se anticiparan a los que me conducían y que ellos mismos me cortaran la cabeza. Y mientras yo decía esto a gritos, como saben mis compañeros y copartícipes de toda esta peripecia, nos levantaron por la fuerza. Yo entonces me eché al suelo boca arriba, pero ellos, agarrándome las manos y los pies me sacaron a rastras.

9 »Me seguían los testigos de todo esto: Cayo, Fausto, Pedro,

Pablo <sup>287</sup>, los cuales, cogiéndome en volandas, me sacaron del pueblecillo y, haciéndome montar a pelo sobre un asno, me llevaron». Esto cuenta Dionisio de sí mismo.

## 41

[DE LOS QUE SUFRIERON MARTIRIO EN LA MISMA ALEJANDRÍA]

1 Y el mismo, en su carta a Fabio, obispo de Antioquía <sup>288</sup>, narra como sigue los combates de los que sufrieron martirio en Alejandría bajo Decio:

«Entre nosotros, la persecución no comenzó por el edicto imperial, sino que se anticipó un año entero <sup>289</sup>. Tomando la delantera en esta ciudad el adivino y autor de males, quienquiera que él fuese <sup>290</sup>, agitó y excitó contra nosotros a las turbas de paganos reavivando su celo por la superstición del país.

2 »Por él excitados y tomándose toda licencia para su obrar impío, comenzaron a pensar que solamente era religión este acto de culto demoníaco: desear asesinarlos.

3 »Al primero, pues, a quien echaron mano, fue a un viejo llamado Metras; le intimaron a que dijera palabras impías, y como

él no obedecía, le apalearon el cuerpo y le pincharon la cara y los ojos con cañas puntiagudas; lo llevaron al arrabal y allí le lapidaron.

4 »Luego fue una mujer creyente, llamada Quinta; la condujeron al templo de los ídolos y querían forzarla a adorar, mas como ella se volviera horrorizada, la ataron por los pies y la arrastraron por toda la ciudad sobre el escabroso empedrado, chocando contra las piedras de moler, a la vez que la iban azotando, y volviéndola al mismo lugar, la apedrearón.

5 »Y luego todos a una se lanzaron contra las casas de los fieles, y cayendo sobre los que cada uno conocía, vecinos suyos, se los llevaban y se entregaban al saqueo y al pillaje. Apartando para sí los objetos más valiosos y arrojando los más vulgares y hechos de madera para quemarlos en las calles, ofrecían el espectáculo de una ciudad tomada por enemigos.

6 »Por lo que hace a los hermanos, dejaban hacer, se retiraban a escondidas y aceptaban con alegría el robo de sus bienes, lo mismo que aquellos de quienes Pablo dio testimonio <sup>291</sup>. Y no sé de ninguno hasta ahora que haya renegado del Señor, a no ser, quizás, uno que cayó en sus manos.

7 »Pero hay más; también prendieron entonces a la anciana Apolonia, virgen admirabilísima. Al golpearla en sus mejillas le hicieron saltar todos los dientes, y levantando una hoguera delante de la ciudad, la amenazaban con quemarla viva si no profería, junto con ellos, las proclamas de la impiedad. Ella entonces pidió un

breve espacio y, una vez suelta, se lanzó de un fuerte salto al fuego y quedó totalmente abrasada <sup>292</sup>.

**8** »A Serapión lo prendieron en su casa, y después de maltratarle con duros tormentos y descoyuntarle todos sus miembros, lo arrojaron de cabeza desde el piso alto. Ni por caminos, ni por senderos, ni por calles podíamos transitar, ni de noche ni de día, sin que a todas horas y por todas partes chillaran todos que quien no cantase las palabras blasfemas debía inmediatamente ser arrastrado y abrasado.

**9** »Este estado de cosas se mantuvo boyante por mucho tiempo, mas después que la revuelta se adueñó de los miserables y la guerra civil <sup>293</sup> volvió contra ellos mismos la crueldad que antes emplearan contra nosotros, pudimos al fin respirar un poco aprovechando su falta de tiempo para irritarse contra nosotros. Pero en seguida se nos anunció el cambio de aquel reinado, tan favorable para nosotros, y cundió un gran temor por lo que nos amenazaba.

**10** »Y es que, efectivamente, allí estaba el edicto <sup>294</sup>, casi idéntico al que predijo nuestro Señor, el más terrible o poco menos, tanto que, de ser posible, hasta los mismos elegidos tropezarían <sup>295</sup>.

**11** »Lo cierto es que todos estaban aterrados, y muchos de los más conspicuos, unos comparecían en seguida, muertos de miedo; otros, con cargos públicos, se veían llevados por sus propias funciones, y otros eran arrastrados por los amigos. Llamados por su nombre, se acercaban a los impuros y profanos sacrificios, pálidos

unos y temblorosos, como si no fueran a sacrificar, sino a ser ellos mismos sacrificios y víctimas para los ídolos, tanto que el numeroso público que les rodeaba se mofaba de ellos, pues era evidente que para todo resultaban unos cobardes, para morir y para sacrificar <sup>296</sup>;

12 »algunos otros, en cambio, corrían más resueltos a los altares y llevaban su audacia hasta sostener que jamás anteriormente habían sido cristianos <sup>297</sup>. A ellos se refiere la muy verdadera predicación del Señor: que difícilmente se salvarán <sup>298</sup>. De los restantes, unos seguían a uno u otro de estos dos grupos mencionados, y los demás huían.

13 »En cuanto a los que fueron prendidos, los unos, tras haber llegado hasta las cadenas y la cárcel—algunos incluso estuvieron encerrados varios días—, luego renegaron, aun antes de llegar al tribunal, y los otros, después de mantenerse firmes algún tiempo en los tormentos, se negaron a seguir adelante.

14 »Pero los sólidos y dichosos pilares del Señor <sup>299</sup>, fortalecidos por él y con una fuerza y constancia adecuadas y dignas de su fe robusta, se convirtieron en testigos admirables de su reino <sup>300</sup>.

15 »El primero de ellos, Juliano, un hombre enfermo de gota, incapaz de tenerse en pie ni de caminar, que fue conducido junto con otros dos que lo llevaban; uno de éstos renegó en seguida, mientras que el otro, llamado Cronión y apodado Eunús, así como el mismo anciano Juliano, confesaron al Señor, y después de ser paseados en camellos por toda la ciudad, que es grandísima, como

sabéis, a la vez que los iban azotando allá arriba, por último, con todo el pueblo agolpándose en torno, los abrasaron con cal viva <sup>301</sup>.

16 »Y un soldado que los iba escoltando cuando eran conducidos al suplicio se enfrentó con los que prodigaban sus insultos, pero ellos se pusieron a gritar, y el valentísimo campeón de Dios, Besas, fue conducido al tribunal, y después de sobresalir en el gran combate por la religión, fue decapitado.

17 »Y otro aún, libio de nación, y verdadero Mácar por su nombre y por bendición divina <sup>302</sup>, como el juez insistiera en exhortarle a renegar, no se dejó seducir, y lo quemaron vivo. Y después de éstos, Epímaco y Alejandro, quienes, tras haber permanecido presos largo tiempo soportando incontables sufrimientos de garfios y látigos, fueron también fundidos en cal viva <sup>303</sup>.

18 »Y con éstos, cuatro mujeres <sup>304</sup>. A Ammonaria, una santa virgen, el juez mandó torturarla con toda saña y fuerza por haber hecho constar de antemano que no diría palabra que él le mandase, y como ella hiciera verdadera su promesa, la condujeron al suplicio. En cuanto a las demás, la venerabilísima anciana Mercuria, y Dionisia, madre de muchos hijos, a los que no amó, sin embargo, por encima del Señor, sintiéndose el juez avergonzado ante la ineficacia de sus torturas, y para no ser vencido por unas mujeres,

hizo que murieran a espada y no probaran ya más tormentos; de hecho los había soportado por todas ellas, como paladín suyo, Ammonaria.

19 »Fueron entregados, además, los egipcios <sup>305</sup> Herón, Ater e Isidoro, y con ellos un muchacho de unos quince años, llamado Dióscoro. Primero probó el juez a seducir con palabras al muchacho, suponiéndole fácil de engañar, y a forzarle con tormentos por creerle fácil de ceder, pero Dióscoro ni se dejó persuadir ni cedió.

20 »A los otros los dilaceró ferocísimamente, y, como siguieran firmes, también los entregó al fuego. A Dióscoro, en cambio, lo dejó ir libre, admirado de cómo se había cubierto de gloria ante el público y cuán sapientísimas respuestas dio a su propio interrogatorio, y dijo que le añadía aquella demora por causa de su edad, para que se arrepintiese. Y ahora, el divinísimo Dióscoro está con nosotros, reservado para un combate más largo y para más duraderas lides <sup>306</sup>.

21 »Y un tal Nemesión, egipcio también, fue acusado falsamente de vivir con ladrones, y cuando había logrado deshacer tan absurda calumnia ante el centurión, fue denunciado por cristiano y vino encadenado ante el gobernador. Este, injusto por demás, lo maltrató con tormentos y azotes en doble dosis que a los bandidos, y entre bandidos hizo quemar al bienaventurado, que así se veía honrado con el ejemplo de Cristo <sup>307</sup>.

22 »Todo un piquete de soldados: Ammón, Zenón, Tolomeo e Ingenes <sup>308</sup>, y con ellos un anciano, Teófilo, se hallaba de pie de-

lante del tribunal. Se estaba juzgando a un hombre por ser cristiano, y cuando ya se iba inclinando hacia la apostasía, aquéllos, que estaban presentes, empezaron a rechinar los dientes y hacían señas con la cabeza y extendían las manos y gesticulaban con todo el cuerpo <sup>309</sup>.

23 »Todos se volvieron hacia ellos, y entonces, antes de que los prendieran por otros motivos, ellos mismos se adelantaron corriendo hacia el estrado, diciendo que eran cristianos, por lo que tanto el gobernador como sus asesores se llenaron de miedo y parecía que, mientras los reos se mostraban animadísimos para lo que iban a padecer, los jueces estaban acobardados. Y así aquellos soldados salieron en triunfo del tribunal rebosantes de gozo por su testimonio: Dios los hacía triunfar gloriosamente» <sup>310</sup>.

## 42

### [DE OTROS MÁRTIRES MENCIONADOS POR DIONISIO]

1 «Y muchísimos otros fueron despedazados por los paganos en ciudades y aldeas, de los cuales recordaré uno solamente por vía de ejemplo. Isquirión era intendente a sueldo de uno de los magistrados. Su amo le mandó sacrificar, y como él no obedeciera, comenzó a injuriarlo; persistió en su negativa, y el amo le maltrataba; como todo lo soportara, agarró éste una estaca enorme y, atravesándole intestinos y entrañas, lo mató.

2 »Y ¿qué decir de la muchedumbre de los que anduvieron

errantes por desiertos y montes y perecieron de hambre, de sed, de frío y de enfermedad, o presa de ladrones y de fieras? <sup>311</sup>. De su elección y su victoria son testigos los que de entre ellos sobrevivieron. Como prueba de todos, citaré también un solo caso.

3 »Queremón era ya muy anciano y obispo de la ciudad llamada Nilópolis <sup>312</sup>. Habiendo huido con su mujer a la montaña de Arabia <sup>313</sup>, no regresó más, y los hermanos, a pesar de que escudriñaron bien muchas zonas, no pudieron dar con ellos ni con sus cadáveres.

4 »Muchos son los que en esa misma montaña de Arabia fueron reducidos a esclavitud por los bárbaros sarracenos <sup>314</sup>; de ellos, unos han sido rescatados con gran dificultad y a cambio de mucho dinero; y otros no, hasta hoy.

»Y si te he explicado esto, hermano, no es sin motivo, sino para que sepas cuántas y qué terribles pruebas nos han sobrevenido, y aún pudieran contar más los que más han experimentado».

5 Y luego, después de breves líneas, prosigue diciendo:

«Por lo tanto, los mismos divinos mártires de entre nosotros, que ahora son asesores de Cristo y partícipes de su reino y de su juicio, y que junto a él dictan sentencia <sup>315</sup>, recibieron a algunos de los hermanos caídos que se habían hecho culpables de haber sacrificado. Cuando vieron su conversión y arrepentimiento y juzgaron que podía ser aceptable al que no quiere en absoluto la muerte

del pecador, sino su arrepentimiento <sup>316</sup>, los recibieron, los congregaron, los reunieron y les dieron parte en sus oraciones y comidas <sup>317</sup>.

6 » ¿Qué nos aconsejáis, pues, vosotros sobre esto, hermanos? ¿Qué hemos de hacer? ¿Nos pondremos de parte de su voto y de su mismo sentir y guardaremos su juicio y su gracia, y seremos buenos para con los que ellos compadecieron, o bien tendremos por injusta su decisión y nos impondremos nosotros mismos como jueces de su opinión, contristando su bondad y trastornando el orden establecido?»

Esto es lo que Dionisio, con buen acuerdo, nos confía al remover el tema de los que habían desfalecido en la temporada de persecución.

## 43

### [DE NOVATO, SU CONDUCTA Y SU HEREJÍA]

I Fue entonces precisamente cuando Novato <sup>318</sup>, presbítero de la iglesia de Roma, ensoberbecido contra éstos, como si ya no existiera para ellos esperanza de salvación ni siquiera cumpliendo todo lo conducente a una sincera conversión y a una confesión pura, se constituyó en fundador de una herejía particular, la de aquellos que, por orgullo de su razón, se declaraban a sí mismos puros.

2 Por este motivo se reunió en Roma un concilio numerosísimo, con sesenta obispos y un número todavía mayor de presbíteros y diáconos <sup>319</sup>, mientras, en las demás provincias <sup>320</sup>, los pastores locales examinaban en particular a fondo lo que se había de hacer. Todos tomaron una decisión <sup>321</sup>: que Novato, junto los que se habían alzado con él, así como los que habían preferido aprobar el parecer antifraterno e inhumano en sumo grado de semejante hombre, quedaban considerados como ajenos a la Iglesia. En cambio, los hermanos caídos en aquella calamidad debían ser curados y cuidados con las medicinas de la penitencia.

3 Ha llegado, pues, hasta nosotros <sup>322</sup> una carta del obispo de Roma Cornelio, escrita al de la iglesia de Antioquía, Fabio, que declara los hechos relativos al concilio de Roma y a las decisiones de los de Italia, de Africa y de las regiones de aquellos lugares. También nos han llegado otras, compuestas en lengua latina, de Cipriano y de sus colegas de Africa, a través de las cuales ponían de manifiesto que también ellos eran del parecer de que era necesario socorrer a los que habían caído en la prueba y de que en buena razón era preciso proclamar expulsado de la Iglesia católica al fundador de la herejía, lo mismo que a todos los que se habían dejado extraviar por él <sup>323</sup>.

4 Junto con esas cartas venía otra de Cornelio acerca de las decisiones del concilio, y además otra sobre las actuaciones de Novato. Nada nos impide citar un párrafo de ésta para que sepan lo concerniente a él quienes lean este libro.

5 Explicando a Fabio qué clase de hombre era Novato, Cornelio escribe lo siguiente:

«Y para que sepas que este extraño individuo venía desde hace largo tiempo deseando el episcopado <sup>324</sup> y que escondía en sí mismo esta su violenta pasión utilizando como tapadera de su locura el hecho de tener con él en un comienzo a los confesores <sup>325</sup>, quiero explicarme:

6 «Máximo <sup>326</sup>, uno de nuestros presbíteros, y Urbano, los dos habían cosechado por dos veces la mejor de las glorias por su confesión; luego Sidonio y también Celerino, varón que, por la misericordia de Dios, había soportado con la mayor entereza todos los tormentos y que, robusteciendo la debilidad de su carne con el vigor de su fe, había vencido a viva fuerza al adversario; estos hombres, digo, conocieron a aquél, y después que descubrieron la malicia que en él había y su doblez, sus perjuros, sus engaños, su insociabilidad y su lupina amistad, retornaron a la santa Iglesia y revelaron todas sus maquinaciones y acciones malvadas, que ya tenía desde hacía mucho tiempo, pero que iba ocultando en sí mismo, hallándose presentes bastantes obispos <sup>327</sup> y gran número de presbíteros y laicos, y se dolían y arrepentían de haber abandonado

por breve tiempo la Iglesia, persuadidos por aquella bestia p rfida y malvada».

7 Luego dice tras breve espacio:

« s extraordinario, querido hermano, el cambio y transformación que en breve tiempo hemos contemplado en él! Porque, siendo una persona brillantísima <sup>328</sup> y que hacía creer con juramentos tremendos que en modo alguno deseaba el episcopado <sup>329</sup>, de repente aparece ya obispo, como arrojado en medio por arte de encantamiento.

8 »Efectivamente, este expositor de doctrinas <sup>330</sup>, este campeón de la ciencia eclesiástica, cuando se empe n  en arrancar para sí y arrebatarse el episcopado, que no se le había dado de arriba, se escogió dos partidarios suyos, desesperados de su propia salvación, para enviarlos a cierta parte de Italia, pequeña e insignificante, y all  engañar con amañada argumentación a tres obispos <sup>331</sup>, hombres rústicos y muy simples, afirmando enérgicamente y sosteniendo con fuerza que era preciso que se presentaran rápidamente en Roma para que, por su mediación y con ayuda de otros obispos, se pusiera fin a toda la disensión que había surgido.

9 »Así que llegaron—gentes, como ya nos apresuramos a de-

cir, demasiado simples para las maquinaciones y falta de escrúpulo de estos malvados—, fueron encerrados por unos cuantos hombres semejantes a él y por él trastornados. A la hora décima, cuando se hallaban ebrios y cargados por el vino, les obligó por la fuerza a que, mediante una imposición de manos simulada y vana, le confiriesen el episcopado, el mismo que ahora reivindica con fraude y malicia, pues no le corresponde.

**10** »No mucho después, uno de ellos volvió a la Iglesia, lamentándose y confesando su pecado, y nosotros le admitimos a la comunión como laico, pues todo el pueblo allí presente intercedía por él. En cuanto a los otros obispos, ordenamos sucesores suyos y los enviamos a los lugares donde ellos estaban <sup>332</sup>.

**11** »Así, pues, este vindicador del Evangelio <sup>333</sup> no sabía que tiene que haber un solo obispo en una iglesia católica <sup>334</sup> en que no ignora—¿y cómo podría?—que hay cuarenta y seis presbíteros, siete diáconos, siete subdiáconos, cuarenta y dos acólitos, cincuenta y dos entre exorcistas, lectores y ostiarios, así como más de mil quinientas viudas y menesterosos, a todos los cuales alimenta la gracia y el amor del Señor a los hombres <sup>335</sup>.

**12** »Una muchedumbre tan grande y tan necesaria en la Iglesia, y un número tan rico y en continuo aumento por la providencia divina, con un pueblo inmenso e innumerable, no logró apartarlo de tamaña desesperación y derrumbamiento y tornarlo a la Iglesia».

13 Y de nuevo, tras de algunas otras cosas, añade:

«Pues bien, digamos a renglón seguido con qué obras y con qué género de vida se atrevía a arrogarse el episcopado. ¿Acaso, al menos, porque desde un principio vivía habitualmente en la iglesia? ¿O porque libró por ella numerosos combates y, por causa de la religión, se vio envuelto en muchos y grandes peligros?»

14 »No hubo tal. Al menos para él, el punto de partida de su creencia fue Satanás, que había venido a él y en él había morado bastante tiempo. Los exorcistas le auxiliaron cuando cayó en una grave enfermedad, y como pensaba que iba a morir pronto, en el mismo lecho en que yacía recibió el bautismo por infusión, si es que se puede decir que este tal lo recibió <sup>336</sup>.

15 »Pero habiendo escapado a la enfermedad, no recibió ninguna de las otras cosas que hay que recibir después, según la regla de la Iglesia, ni siquiera el ser sellado por el obispo <sup>337</sup>. Y no habiendo recibido esto, ¿cómo iba a haber recibido el Espíritu Santo?»

16 Y tras breve espacio vuelve a decir:

«... él, que por cobardía y apego a la vida, en tiempo de la persecución negó que fuera presbítero. Efectivamente, los diáconos le pedían y exhortaban a que saliera de la casucha en que se había encerrado y socorriera a los hermanos en todo lo que es ley y según la posibilidad de un presbítero para socorrer a unos hermanos en peligro y necesitados de socorro; pero tan lejos estaba él de obedecer a las exhortaciones de los diáconos, que partió enfurecido y se

alejó, porque decía que no quería ser ya presbítero por estar enamorado de otra filosofía»<sup>338</sup>.

17 Saltándose algunas cosas, añade a lo dicho lo siguiente:

«... tras abandonar, efectivamente, este ilustre personaje la Iglesia de Dios, en la que había obtenido la fe y en la que había sido considerado digno del presbiterado, por gracia del obispo que le impuso su mano para el orden del presbiterado, pues, aunque todo el clero trataba de impedirlo, e incluso numerosos laicos, por no estar permitido a quien había recibido—como éste—el bautismo por infusión en el lecho, a causa de una enfermedad<sup>339</sup>, ser incorporado al clero, dicho obispo pidió que se le permitiera ordenar a éste solamente»<sup>340</sup>.

18 Todavía añade algo a lo dicho, el mayor de los absurdos de este hombre, en los términos siguientes:

«Efectivamente, realizada la ofrenda, al distribuir a cada uno su parte y entregársela, obliga a las pobres gentes a jurar, en vez de bendecir. Con ambas manos agarra las del que va a recibir (la comunión) y no las suelta hasta que haya jurado profiriendo estas palabras (porque usaré sus propias palabras): 'Júrame por la sangre y el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo no abandonarme jamás para volverte a Cornelio'<sup>341</sup>.

19 »Y el pobre desgraciado no gusta (la comunión) si antes,

previamente, no hace imprecaciones contra sí mismo, y en vez de pronunciar 'Amén', al tomar aquel pan, dice: 'No volveré a Cornelio'».

20 Y después de otras cosas torna a decir:

«Pero debes saber que ahora se encuentra desnudo y se ha quedado aislado, pues cada día le van abandonando los hermanos y retornando a la Iglesia. Y el mismo Moisés <sup>342</sup>, el que recientemente dio entre nosotros un hermoso y admirable testimonio, hallándose todavía en el mundo, como viera la osadía y la locura de aquél, lo excomulgó junto con los cinco presbíteros que con él se habían separado de la Iglesia».

21 Y hacia el final de la carta enumera los obispos presentes en Roma y que habían condenado la insensatez de Novato, indicando a la vez sus nombres y el de la iglesia que cada uno gobernaba;

22 y de los que no estaban presentes en Roma, pero que por carta dieron su asentimiento al voto de los susodichos, menciona los nombres y el lugar de donde procedía cada uno de los que escribían. Esto es lo que Cornelio informaba por carta a Fabio, obispo de Antioquía.

## 44

### [RELATO DE DIONISIO ACERCA DE SERAPIÓN]

I Y con este mismo Fabio, que se inclinaba un poco al cisma, mantuvo también correspondencia epistolar Dionisio, el de Alejandría. Después de explicar muchos y diversos puntos, entre ellos

el de la penitencia <sup>343</sup>, en las cartas que le dirigió, al referir detalladamente los combates de los que por entonces acababan de padecer martirio en Antioquía, en el curso del relato narra también un hecho, admirable por demás, que será necesario transmitir en esta obra y que dice así:

2 «Pero voy a exponerte este solo ejemplo, ocurrido entre nosotros. Había entre nosotros un tal Serapión, anciano ya y creyente. Durante mucho tiempo había vivido irreprochablemente, pero luego, en la prueba, cayó. El había pedido muchas veces (el perdón), mas nadie le hacía caso, porque incluso había sacrificado <sup>344</sup>. Habiendo enfermado, pasó tres días seguidos sin poder hablar e inconsciente.

3 «Cuando al cuarto se recuperó un poco, llamó a su nieto y dijo: '¿Hasta cuándo, hijo, me retenéis? Daos prisa, os lo ruego, y soltadme <sup>345</sup> en seguida. Llámame a alguno de los presbíteros'. Y dicho esto, de nuevo se quedó sin voz.

4 «Corrió el niño a casa del presbítero, mas era de noche y éste se hallaba enfermo; ir no podía, pero como yo había mandado que a los que iban a partir de esta vida, si pedían perdón, y con mayor razón si ocurría que ya anteriormente lo habían suplicado, se les concediera, para que partieran con buena esperanza <sup>346</sup>, dio al niño una porción de la Eucaristía, y le mandó que la echase en un líquido y la hiciera caer a gotas en la boca del anciano.

5 «Regresó el niño con ella y, cuando ya se acercaba, antes que

entrarse, de nuevo Serapión volvió en sí y dijo: '¿Has llegado ya, hijo? El presbítero no pudo venir, pero tú haz rápido lo que se te ordenó y déjame partir'. El niño puso en un líquido (la porción de Eucaristía) <sup>347</sup>, y a tiempo que la vertía en la boca del anciano, éste tragó un poquito e inmediatamente entregó su espíritu.

6 »Ahora bien, ¿no está claro que fue preservado y se mantuvo hasta que fuera absuelto y, borrado el pecado, pudiera ser reconocido por las muchas obras buenas que había hecho?» <sup>348</sup> Esto dice Dionisio.

## 45

### [CARTA DE DIONISIO A NOVATO]

Mas veamos qué escribió también el mismo <sup>349</sup> a Novato, que por entonces andaba perturbando la comunidad de los hermanos de Roma. Como quiera, pues, que éste andaba haciendo de algunos hermanos pretexto de su apostasía y de su cisma, como si efectivamente ellos le hubieran forzado a llegar a esta situación, mira de qué modo le escribe:

«Dionisio a Novaciano <sup>350</sup>, su hermano, salud: Si, como dices, fuiste llevado contra tu voluntad, lo habrás de probar regresando voluntariamente, porque había que sufrir lo que fuera con tal de no partir en dos la Iglesia de Dios. El testimonio dado por evitar

el cisma no era menos glorioso que el que se da por no adorar a los ídolos <sup>351</sup>; para mí, incluso, era mayor, porque en éste uno da testimonio por la propia alma sola, mientras que en el otro se da por toda la Iglesia. Pero aun ahora, si logras persuadir o forzar a tus hermanos a volver a la concordia, tu enmienda será más grande que tu caída. Esta no se te tendrá en cuenta, mientras que lo otro se te alabará. Y si no puedes, porque no te obedecen, salva siquiera tu propia alma. Ruego que tengas salud, asido a la paz en el Señor».

## 46

[DE LAS OTRAS CARTAS DE DIONISIO]

1 Esto escribe también a Novato. Pero, además <sup>352</sup>, escribe a los de Egipto una carta *Sobre la penitencia*, en la cual expone sus opiniones acerca de los caídos distinguiendo grados de faltas <sup>353</sup>.

2 También se conserva una carta suya privada *Sobre la penitencia* <sup>354</sup>, dirigida a Colón (éste era obispo de la iglesia de Hermópolis), y otra de reprensión dirigida a su grey de Alejandría. Entre éstas se halla también la que escribió a Orígenes *Sobre el martirio* <sup>355</sup>. También a los hermanos de Laodicea <sup>356</sup>, a quienes presidía

el obispo Telimidro, y a los de Armenia <sup>357</sup>, cuyo obispo era Meruzanes: les escribe *Sobre la penitencia*.

3 Y además de a todos éstos, escribe también a Cornelio <sup>358</sup>, el de Roma, después de recibir su carta contra Novato. Le indica claramente que él ha sido invitado por Heleno <sup>359</sup>, obispo de Tarso de Cilicia, y por los otros obispos que le acompañan: Firmiliano <sup>360</sup>, el de Capadocia, y Teoctisto <sup>361</sup>, el de Palestina, para asistir al concilio de Antioquía <sup>362</sup>, donde algunos intentaban consolidar el cisma de Novato.

4 Además de esto escribe que se le ha anunciado que Fabio había muerto y que habían establecido a Demetriano como sucesor suyo en el obispado de Antioquía <sup>363</sup>. Escribe también sobre el obispo de Jerusalén, hablando en estos términos:

«Porque Alejandro, aquel hombre admirable, estando en la cárcel, tuvo una muerte feliz» <sup>364</sup>.

5 A continuación de ésta se conserva también de Dionisio otra *Carta diaconal* <sup>365</sup> por medio de Hipólito, dirigida a los de Roma, a los que escribe además otra *Sobre la paz*, e igualmente *Sobre la penitencia*, así como también otra más *A los confesores* de allí que todavía estaban comprometidos con la opinión de Novato. A estos mismos, después que volvieron a la Iglesia, les escribió otras dos

cartas. Igualmente mantuvo correspondencia epistolar con muchas otras personas y ha dejado en pos de sí rico provecho a los que todavía hoy se toman interés por sus escritos.